

BOLSILIBROS BRUCUERA



Lou CARRIGAN

EL VENDEDOR DE URANIO





eb

LOU CARRIGAN

EL VENDEDOR DE URANIO

Colección LA HUELLA n.º 71
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B 610-1976

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)

1ª edición: marzo, 1976

© Lou Carrigan, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

PRELUDIO

EN SAINTE ROSE

Lo primero que vio al abrir los ojos fueron las piernas de mujer. La derecha se balanceaba suavemente, colocada sobre la izquierda. La punta del zapatito se acercaba a uno de sus ojos a cada movimiento de la pierna...

Unas piernas magníficas, pero a las que ni siquiera un francés podía prestar mucha atención en aquellas circunstancias. Emil Barneau estaba tirado en el suelo, con las manos atadas en forma eficazísima a su espalda. Pero eso no era nada, comparado con el aspecto de su rostro y de sus ropas, salpicadas de pequeñas gotitas de sangre. Le dolía horriblemente la cabeza, estaba atado, desarmado y golpeado...

No.

Ciertamente, no era el momento propicio para pensar en serio en las piernas femeninas.

—Ponedlo en pie —dijo la voz femenina.

Se sintió agarrado por los sobacos y puesto en pie de un tirón. Eran los mismos hombres que le habían cazado, después de engañarlo. Se había dado cuenta un poco tarde. Había peleado, desde luego, pero no había tenido suerte.

La mujer estaba sentada en una silla de rejilla de paja, de espaldas a la ventana, que era un simple rectángulo abierto a la luz del sol. La cabaña era de adobe y paja, y resultaba bastante fresca. Por la ventana se veían las plantas del café. Todo olía a café, a tierra, a paja. Todo, menos la mujer, que olía a perfume yanqui. Además, ahora que estaba en pie, Emil Barneau vio el lunar, casi en

el centro del muslo derecho de ella, que al sentarse y cruzar las piernas había subido mucho la falda. Hacía calor, desde luego.

—¿Se llama realmente Emil Barneau? —preguntó la del lunar.

—Sí.

—¿Y qué está haciendo en Sainte Rose?

—Nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera vacaciones?

—Ah, sí: vacaciones...

La mujer sonrió. Era joven, muy bonita. Mucho. Su cuerpo era fino, pero generoso, abundantemente definidas sus curvas anatómicas, tan magníficas como las piernas.

—¿Pertenece al Deuxième Bureau, señor Barneau?

—No.

—Yo creo que sí. Y le aseguro que entiendo bastante de estas cosas. Nosotros... Mis amigos y yo, quiero decir. Nosotros, pertenecemos a una relativamente modesta organización de espionaje, señor Barneau. No tenemos amigos ni enemigos, porque siempre servimos a quien nos paga mejor el informe obtenido. Naturalmente, hemos de estar siempre alerta, so pena de ser... desorganizados. Y por estar siempre alerta, nos fijamos en usted. Nos pareció que usted se fijaba en nosotros también.

—Pues no es así. No los he visto nunca antes de ahora.

—¿Ni siquiera en Nassau?

—No.

—Sin embargo, usted estaba en Nassau hace dos días. Y nosotros también estábamos allí.

—Casualidad.

La muchacha volvió a sonreír.

—Usted sabe que eso de las casualidades es una broma que se gasta mucho en el espionaje. Pero ahora no estamos bromeando, señor Barneau.

—Yo tampoco. A ustedes no los había visto en Nassau, ni en ninguna otra parte. No sé quiénes son.

—Quizá tenga razón —dijo uno de los hombres—. Si hubiese estado en Nassau vigilándonos a nosotros, no se habría marchado de allí para venir a Sainte Rose. Yo creo que este hombre tiene razón. Estuvo en Nassau de paso, o dedicado a cualquier otra cosa.

—Puede que sea cierto, Prado. Pero nosotros no vamos a correr

riesgos. Y te diré por qué: ya es la segunda vez que veo al señor Barneau en mi camino, puede que él se haya fijado en mí, puede que no. Pero yo sé que pertenece al Deuxième Bureau, de modo que para convencerme de que no estaba detrás de mí, tendrá que darme una explicación muy convincente. Sea sensato, señor Barneau. A las buenas, si es posible.

—De acuerdo; pertenezco al Deuxième Bureau —admitió Barneau.

—Eso está mejor. ¿Por qué vino a Sainte Rose?

—A cumplir un trabajo.

—¿Relacionado conmigo? —musitó la muchacha.

—No.

—¿Tiene que encontrarse con alguien en el hotel

L'Etoile,

donde se ha alojado?

—Es posible. Mire, preciosa, no tengo nada contra usted, ni sé quién es, ni me importa nada...

—Pero a mí me importa usted y sus planes. Por eso, he venido a Sainte Rose detrás de usted, con unos amigos. La primera vez, señor Barneau, nos vimos en...

—Me vio usted a mí.

—Como quiera. La primera vez lo vi en La Habana, y fue allá donde supe que usted trabajaba para el servicio secreto francés. Luego, a las pocas semanas, lo vuelvo a ver en Nassau, islas Bahamas. Y como sé que usted es un espía francés, y yo soy una espía particular, la cosa no me gusta nada. No admito las casualidades.

—Allá usted. No repetiré más que no he venido a Sainte Rose por usted, sino por otro asunto.

—¿Qué asunto?

—Un asunto sin importancia. Debíó quedarse en Nassau, señorita. Ha perdido su tiempo al venir detrás de mí. Debería comprenderlo, cosa que ya han hecho sus amigos.

—Luigi, Gorka y Prado son muy crédulos, señor Barneau. Pero, en efecto, su teoría es buena: si me perseguía a mí, ¿por qué dejarme en Nassau y venirse a esta ardiente isla?

—Yo creo que es fácil de comprender —murmuró Emil Barneau.

—De acuerdo... —suspiró la muchacha—. De acuerdo, señor

espía del D.

B. Voy

a admitir que usted no venía persiguiéndonos, ya que, en ese caso, en estos momentos losados estaríamos en Nassau. Lo admito: me he equivocado. He sido un poco tonta, quizá. Pero, ahora, estamos juntos en Sainte Rose, y creo que debo aprovechar la ocasión.

—¿En qué sentido?

—Bueno... Ya le he dicho que soy una espía de una organización privada. Me gustaría saber qué está haciendo en este lugar un agente del Deuxième Bureau, ya que es posible que consiga algo interesante para mi organización.

—Lo que yo hago aquí no tiene la menor importancia.

La muchacha alzó las cejas, mirando casi sonriente a Barneau. De pronto, sacó de su amplísimo escote en punta un papel, doblado varias veces. Lo extendió, y se quedó mirando a Barneau, que se mordió un instante el labio inferior.

—Esto, señor Barneau, es un cheque contra un Banco de Suiza, en una de esas cuentas de clave. El cheque es al portador, tiene fecha de pasado mañana y su importe es ni más ni menos que de diez millones de francos fuertes. Y este cheque, señor Barneau, estaba en el doble fondo de su billetera. Y ahora, yo pregunto: ¿es posible que para una misión sin importancia se asigne a un agente diez millones de francos fuertes?

—Se está complicando la vida —gruñó el francés.

—¿Yo? —rió quedamente la muchacha, pasándose un dedito por el lunar del muslo—. A mi entender, es usted quien quiere complicársela, señor Barneau. Van a suceder cosas desagradables si usted no me dice qué ha venido a hacer a esta isla con diez millones de francos.

—Está perdiendo el tiempo.

—¿No quiere decírnoslo?

—No.

—Bien... Usted parece un hombre de ideas firmes, de modo que supongo que no serviría de nada torturarlo.

—No serviría de nada. Y si quiere un buen consejo, déjeme marchar. Usted y su organización no son nada ni nadie. La olvidaré inmediatamente, no pasaré los datos de ustedes al Bureau. Puedo prometer eso a cambio de mi vida y el cheque.

—¿Y si no acepto?

—Ya se lo he dicho: se complica la vida.

La muchacha se puso en pie, tapando el lunar. Se acercó a la vieja silla de tablas rústicas y estuvo contemplando lo que había sobre ella, todo extraído de los bolsillos de Emil Barneau: cigarrillos, encendedor, billetera, llavero, dos pañuelos, pluma... Y un curioso anillo de marfil, con una flor de color rojo. Se quedó contemplando todo aquello, dubitativa. Excepto el cheque, ya que estaba en su poder, y en encendedor, que, por supuesto, contenía una cámara para microfotos, no había allí nada importante. Y antes de atacar a Emil Barneau ya habían registrado su habitación en el hotel

L'Etoile,

sin encontrar tampoco nada interesante.

La chica del lunar recogió todo aquello, lo metió en su bolsillo de paja teñida y se dirigió hacia la puerta de la choza, diciendo:

—Matadlo.

CAPÍTULO PRIMERO

En Washington, uno de los mejores agentes especiales preparados de modo particular para el espionaje y contraespionaje, se detuvo ante la puerta de su superior y llamó suavemente, mirando la luz del dintel, que se encendió en azul.

Abrió la puerta y entró en el despacho. Se llamaba Fred Omaha, tenía treinta y cinco años, era rubio, atlético y de un seco atractivo varonil, recio y serio que debía gustar a las mujeres. Hacía diez años que había ingresado en el FBI.

—¿Me ha mandado llamar, señor?

—Síéntese, Fred.

—Gracias.

Se sentó, tranquilo. No parecía curioso, ni expectante. Su rostro, generalmente, mantenía aquella inexpresividad seca y seria. Sus ojos grises miraban siempre directamente, impávidos.

—Tendrá que tomar el avión dentro de unas horas, cuando todo esté montado para su nueva misión —dijo el inspector-jefe—. Irá a un lugar llamado Sainte Rose. Es un pueblo pequeño, en la isla de Basse Terre, de dominio francés, Federación del Caribe, en las Pequeñas Antillas. Desde el aeropuerto de la isla, usará sus propios medios para llegar a Sainte Rose... Es decir, los medios corrientes, lo que haya allí: taxi, autobús... Lo que sea. Usará su verdadero nombre, pero con esta documentación y papeles —entregó un sobre al

G-man

— que prueba que es usted el representante de una nueva máquina para obtener azúcar de caña, producida por una fábrica norteamericana. Aparentemente, su estancia allí, en la isla, será debida al interés de su empresa por la posible colocación de alguna

de sus máquinas allí. Mientras tanto, se divertirá de un modo normal, como cualquier hombre que llega de un lugar donde es invierno, a una isla soleada y con bonitas playas.

—Es un detalle amable.

—Necesario. Se alojará en un hotel llamado L'Etoile.

Es un balneario, junto a la playa. No es lujoso, pero sí elegante. Digamos que es un justo término medio entre lo lujoso y lo pobre. Su estancia allí será indefinida, en el sentido de que no debe dar fecha de salida de la isla. Sus negocios lo decidirán. Puede estar solo un día, o un mes. Depende.

—Entiendo, señor.

—Gastará dinero, pero sin excesos. No es millonario, pero sí un hombre que sabe vivir, que ha viajado, que conoce mundo... Dada su profesión declarada al llegar, deberá ser una persona... asequible, más bien simpática. Le digo esto porque tendrá que esforzarse en retener su carácter reservado, Fred.

—Lo entiendo, señor. Un viajante debe ser una persona cordial y... asequible, en efecto. Lo tendré en cuenta.

—Sé que siempre tiene en cuenta su papel. Si lo he dicho ha sido más bien como una observación. Y... Bien, es posible que esté muy poco tiempo en ese lugar.

—Al cual voy realmente a...

—A comprar uranio.

—¡Uranio! —exclamó Fred Omaha.

El inspector-jefe se permitió una sonrisa, ya que Omaha se había permitido asombrarse.

—Pasmoso, ¿no es cierto? Tenga, lea la carta que se ha recibido, y lo comprenderá todo bien.

Tendió el papel a Omaha, que lo examinó antes de empezar a leer. Era un papel corriente, nacional. En la carta no había fecha, ni residencia.

«Dispongo de una partida de uranio ya refinado, capaz para diez naranjas^[1], y que quisiera vender a buen precio. A buen precio para el comprador... A precio de saldo. Estoy dispuesto a entrar en tratos con uno de sus agentes, partiendo de la oferta mínima de

dos millones de dólares. Urge respuesta, ya que, caso de no interesarles la compra, bastaría otro cliente..., que podría ser Vietcon o quizá China. El agente del FBI que envíen, deberá llevar puesto el anillo adjunto, para reconocerlo en el hotel

L'Etoile,

en Sainte Rose, isla de Basse Terre. Y un cheque al portador por dos millones de dólares, contra un Banco suizo y cuenta de clave. Cualquier trampa o juego sucio que intenten significará ruptura de negocio y posiblemente la muerte de su agente.

»U-235«.

—Supongo que es una broma —musitó Omaha.

—¿Lo de matar al agente si el FBI intenta alguna treta?

—No, no... Ése es un deseo muy serio, y fácil de comprender, señor. Me refiero a esto de vender uranio doscientos treinta y cinco a precio de saldo. Dos millones de dólares por una carga de U-doscientos treinta y cinco suficiente para diez bombas, es un precio muy moderado.

—Es un regalo.

—¿Y hemos sido autorizados a comprar?

—Desde luego.

—Imagino que se ha enterado del asunto de ese periódico alemán, señor: el *Koelnische Rundschau*.

—Sí, ya sé... Parece que han publicado parte del texto secreto del proyecto ruso-americano de no proliferación de armas nucleares. Evidentemente, se está avanzando en ese terreno del desarme, o, por lo menos, la no fabricación de más artefactos atómicos. En cuyo caso, nos podemos preguntar para qué quieren nuestros jefes el U-doscientos treinta y cinco si no quieren construir más bombas.

—La respuesta es simple a mi entender, señor. Hay dos buenos motivos para ir a Sainte Rose a comprar ese uranio. Uno, que a toda costa debemos impedir que sea vendido a China. Dos, que la no proliferación de armas nucleares no tiene que significar

forzosamente que prescindamos de uranio de reserva. Eso, aparte de que el uranio tiene otras muchas aplicaciones mucho mejores que la de construcción de bombas.

—Exacto. Si lo compramos nosotros, no podrá comprarlo China, que, desde luego, no lo utilizaría en beneficio de instalaciones médicas, sino en construcción de bombas atómicas. Por eso, usted irá a esa isla y comprará el uranio a esa persona que se firma con el símbolo del propio uranio utilizado en las atómicas: U-dos-cientos treinta y cinco.

—Parece que estaré en desventaja con esa persona, señor.

—Lo parece. Lo conocerán a usted, y usted no sabrá quién es el vendedor. Calculando ese riesgo precisamente, le hemos escogido a usted. Si la misión no fuese tan delicada, y posiblemente peligrosa, habrían enviado a un agente de la Delegación de San Juan de Puerto Rico, que está cerca de la isla Basse Terre. Pero aquí, en Washington, se ha comprendido ese peligro existente, y hemos elegido al agente que nos ha parecido que puede hacer frente a situaciones inesperadas de peligro... Es decir, no tan inesperadas, ya que un agente especial de su grupo siempre sabe estar alerta, Fred; se les entrena para eso.

—Estaré alerta, por la cuenta que me tiene. Pero hay algo que no me convence, señor.

—¿Y es...?

—La existencia de ese uranio. ¿No le parece algo fantástico..., casi increíble? El uranio no es un cargamento que pueda ser manejado tan tranquilamente. Eso después de considerar la dificultad de que alguien consiga nada menos que la carga de uranio ya refinado suficiente para diez bombas. Lo encuentro poco menos que descabellado Absurdo, es la palabra.

—En suma, Fred: usted no cree en la existencia de ese uranio.

—En principio, no. Me reservo una diminuta probabilidad de tener que admitir cualquier día que existe, pero, de momento, la cosa me parece una broma fea.

—¿Fea?

—Quiero decir que alguien ha pensado en alguna jugada sucia.

—¿Utilizándonos a nosotros, al FBI?

—Podría ser, señor.

—Sí... Podría ser. Y de nuevo le digo que por eso le hemos

elegido a usted, uno de nuestros mejores hombres en estos asuntos de espionaje. Le enseñaré algo.

El inspector-jefe se puso en pie y se acercó a un gran archivo metálico, una de cuyas gavetas atrajo hacia él. Sacó un sobre y fue con él a la mesa, donde Fred Omaha estaba examinando el sobre en el cual había llegado la carta-oferta de la persona desconocida que se firmaba

U-235.

—Matasellos de Miami... —musitó Omaha—. Pero, por supuesto, esto no quiere decir nada. Lo mismo podría haber sido enviada desde Persia.

—En efecto.

El inspector-jefe sacó un pequeño proyector de un cajón. Luego, del pequeño sobre, una diapositiva de una pulgada cuadrada, que colocó en el proyector.

—¿Conoce a Número Uno, Fred? —preguntó de pronto.

Omaha, que se había movido, desplazando un poco el sillón para contemplar mejor la diapositiva que su jefe pensaba proyectar en el paño especial de pared, se quedó mirándolo casi sonriendo.

—No, señor. Ni usted tampoco.

—Bueno —casi sonrió también el jefe del

G-man

—. He querido decir que si ha oído hablar de él.

—¿Y quién no? Es el desaparecido agente de la CIA en Europa. Parece que era algo serio. Según rumores, no ha habido jamás otro espía como él en Estados Unidos... No me diga que ha sido encontrado, señor.

—No, no... Al menos, yo no lo sé. Desapareció un día, y la CIA aún no ha abierto la boca. Pero eso no es cuenta nuestra. Si he mencionado a Número Uno, de la CIA, es porque él tuvo algo que ver en este informe que constasen nuestros archivos. Véalo. Naturalmente, es sólo el extracto del informe: el original está en Archivos Centrales, bien detallado.

Fred Omaha se dedicó a leer, en la pared, el extracto de informes de un agente del FBI que había estado operando en Europa exactamente en noviembre de 1963; o sea tres años y medio antes. Según aquel informe, el agente del FBI en cuestión había colaborado con un agente de la CIA en trasladar a un agente soviético que

cambiaba de bando, desde Rusia a Estados Unidos. Ese agente de la CIA había recibido al agente soviético de manos de Número Uno, el fabuloso espía internacional, hacía pocos meses desaparecido misteriosamente. Pero todo eso perdió importancia cuando Fred Omaha se enteró de que, por medio de su compañero en Europa, el FBI había obtenido ciertas palabras del espía soviético sacado de Rusia. Esas palabras indicaban claramente que pocos días antes había habido un asombroso robo en una de las centrales rusas para la obtención del

U-235.

Alguien había robado una carga de

U-235

suficiente para diez bombas A. Los rusos se habían vuelto locos buscando el uranio, pero sólo habían encontrado una débil pista de varias personas que desaparecía en la nieve a pocas millas de la refinería.

—Fantástico... —musitó el

G-man

—. Realmente fantástico, señor.

—Absolutamente fantástico —admitió el inspector-jefe—. Naturalmente, podemos admitir ese robo de uranio en una central rusa... ¿Por qué no? Siempre, admitiendo la existencia de algunos traidores que ayudasen a robar ese uranio.

—¿Cree que aquel agente que Número Uno sacó de Rusia...?

—No, no, no... Aquel agente, igual que Número Uno mismo, estaban completamente desligados de aquel asunto. No hay que relacionarlos. Simplemente, le he mostrado este informe para que sepa usted que uno de los nuestros, en Europa, y de labios de un agente ruso, escuchó que había sido robado U-doscientos treinta y cinco de una refinería. Luego el uranio que nos han ofrecido a nosotros puede existir.

—Usted cree que es el mismo uranio que robaron a Rusia.

—No creo nada. Digo que podría ser.

—Lo cual significaría que durante tres años y medio, quienes robaron ese uranio lo han mantenido oculto, esperando la ocasión de venderlo.

—¿Le parece inadmisibile eso, Fred?

—Pues... No. No, señor. Sigue siendo un poco fantástico, pero

no inadmisible. Diez cargas de U-doscientos treinta y cinco requieren gran precaución de manejo, y su peso no creo que sea inferior a unas doscientas cincuenta o trescientas libras. Fantástico..., pero admisible. Por lo menos, nosotros vamos a actuar como si estuviésemos convencidos de que ese uranio existe y que, si no lo compramos nosotros, lo comprará China.

—Exactamente.

—Iré a Sainte Rose, hotel

L'Etoile...

Unos baños en el mar y un poco de sol me sentarán estupendamente.

—Dos agentes estarán ya en la isla cuando usted llegue. Ellos son de la Delegación de San Juan de Puerto Rico, y han recibido la misma consigna que usted recibe ahora: contacto exclusivamente por radio y sólo en el caso de que corra peligro su vida o precise alguna información del todo urgente o necesaria. En realidad, deberíamos dejarlo a su propia discreción, Fred, ya que, como bien sabe, usted estará identificado por U-doscientos treinta y cinco, y cualquier paso en falso, o de acercamiento a sus compañeros, posiblemente sería observado.

—Procuraré arreglármelas solo.

—Bien... —El inspector consultó su reloj—. Disponemos todavía de dos horas mientras obtenemos su pasaje en avión y preparan su equipaje en Dotación. De modo que estudiaremos y repasaremos todos los detalles... No se olvide del anillo.

Empujó el anillo hacia Fred Omaha, que lo cogió y se quedó contemplándolo con curiosidad.

—No es necesario que se lo ponga todavía, Fred Hablemos de su viaje y misión a Sainte Rose.

—Sí, señor... Bueno, éste no es un anillo muy corriente. Además, me parece feo... Pero lo llevaré.

Y se metió descuidadamente en un bolsillo el anillo de marfil con una flor de color rojo.

CAPÍTULO II

Una cosa es ser valiente, y otra cosa es estar loco. Para un agente especial del FBI, ser valiente es normal, obligatorio, ineludible, puesto que es una de las primeras cosas que aprende en la Academia de Quántico o en la Regional correspondiente. Para algo el FBI tiene las letras FBI^[2]).

Y como Fred Omaha no estaba loco, llegó al hotel

L'Etoile

sin el anillo que debía servir para que el personaje llamado

U-235

lo identificase como el agente federal que acudía a la isla Basse Terre para entrevistarse con él, o, de un modo cualquiera, entrar en contacto para la compra del uranio que, en principio, se había valorado en dos millones de dólares.

Con una sola maleta, revuelto el rubio cabello y sonrientes los grises ojos, el agente del FBI llegó al hotel indicado, por la tarde, tras el corto trayecto en ómnibus desde el aeropuerto a Sainte Rose. Llevaba una sola maleta, la chaqueta colgando de un hombro y un cigarrillo en los también sonrientes labios. Para un hombre, no hay nada mejor en la vida que encontrar un trabajo que le satisfaga. Y aquel tipo de ojos grises, hombros anchos y manos grandes, parecía ser ese hombre feliz, a pesar de su rostro pétreo, sus rasgos, su recia mandíbula agresiva.

—¿De Omaha?

—No, no... No vengo de Omaha, Nebraska... Omaha es mi apellido: Fred Omaha.

—Oh..., sí... Sí, señor, perdone... En efecto, hemos recibido su petición de reserva. Un poco precipitado todo, pero podemos servirle... Le hemos reservado la habitación doce, con vistas a la

playa.

—Magnífico... ¿Qué tal están por aquí las cosas dulces?

—¿Las..., las cosas dulces, señor?

—El azúcar. Vengo representando unas máquinas que van a dar mucho que hablar... Para la trituration de la caña, ¿sabe?

—Ah, sí, sí...

—Algo verdaderamente sensacional: se pone la caña en un sitio, se toca un botón, y ¡patapún-patín!, sale el azúcar. También estamos pensando algo para el café, pero la cosa tardará unos meses. ¿Tengo baño en mi habitación?

—Desde luego, señor —sonrió el conserje.

—Estupendo. ¿Cómo estamos del otro asunto dulce?

—¿Qué otro asunto, señor?

—El *whisky*.

—Tenemos *whisky*, señor —sonrió de nuevo el conserje.

—Me alegro de estar en un lugar civilizado —se echó el blanco sombrero hacia atrás—. ¿Sabe? Cuando mi jefe me dijo que tenía que venir aquí, estuve a punto de dejar el empleo. Y ahora me alegro de no haberlo hecho. Todo es bonito.

—Muchas gracias, señor.

—Bueno... Y queda por saber el asunto de la última cosa dulce. ¿Cómo estamos de eso?

—¿De qué, señor?

—Pues de lo más dulce, hijito, de lo más dulce. ¿Cómo estamos de chicas en la isla?

—Creo que tenemos de todo lo que usted precisa, señor Omaha —rió el conserje—. Sólo que cada uno debe saber recolectar su propia cosecha.

—Entiendo... Entiendo, entiendo... Pero, dígame, amigo: ¿hay posibilidades?

—Depende de cada uno. En mi opinión, señor Omaha, usted no se va a ver precisamente en apuros para encontrar compañía. Las chicas de aquí se sienten felices cuando alguien les sonríe. Otra cosa que les encanta es que les hablen en francés. Y usted lo habla de un modo perfecto. Mejor que ellas, diría yo... Y mejor que yo.

—Amigo, cuando alguien quiere hablar bien el francés, debe irse una temporada a Francia. ¿No lo cree?

—Sí, señor.

—¿Conoce París?

—No, señor.

Fred Omaha compuso un gesto de pésame.

—Muchacho, eso es grave... Haremos un trato: deséeme suerte y, si todo sale bien para mí y mis comisiones, tiene pagados quince días de estancia en París, con chica incluida.

—¡Le deseo mucha suerte, señor Omaha! —rió cada vez más encantado el conserje.

—Eso está bien. De momento, se ha ganado cinco dólares —dejó esa cantidad sobre el mostrador, guiñando un ojo—. Yo soy de los que dan las propinas poco a poco... Pero usted ya sabe eso de que «de gota en gota se llena el vaso», ¿verdad?

—Sí, señor. Y si me lo permite, señor Omaha, le diré que ya ha llamado usted la atención de una cosa dulce.

—¿De qué?

—De una chica... Perdón: de una señorita.

—¿Ah, sí? Hijo mío, usted es sensacional... ¿Cuál es la que ya está loca por mí?

—Yo no diría tanto. Pero lo está mirando... con mucha atención.

—Magnífico —murmuró confidencialmente Omaha—. ¿Cuál es?

—La pelirroja del sillón del fondo.

—Aaaahhh... ¿Es norteamericana?

—Inglesa. Su nombre es Anne Marie Colman.

—Lo invitaré a la boda —prometió Omaha—. Y ahora, ¿hay alguien que se haga cargo de mi equipaje, que me diga dónde...?

—En seguida.

El conserje hizo una seña, y un muchacho moreno, de dientes muy blancos, se acercó rápidamente. Se hizo cargo de la maleta del G-man

y de la llave de su habitación. Fred Omaha apagó el cigarrillo en el gran cenicero de barro y se volvió dispuesto a seguir al muchacho; pero, naturalmente, lo hizo de modo que su impávida mirada gris cayó como el objetivo de una cámara fotográfica sobre la muchacha mencionada por el conserje. Cierto: era pelirroja, tenía los ojos verdes, la boca jugosa y grande, un poco despectiva. Parecía muy alta, y, según le pareció al agente del FBI, no demasiado femenina. Fuerte, segura de sí misma, sería... No parecía la clase de chica con la que uno puede correrse la gran juerga. Pero era tan hermosa, tan

llena de vitalidad y detalles femeninos, que quizá valiese la pena intentarlo... Anne Marie Colman: no olvidaría el nombre. Ni olvidaría tampoco que ella le miraba con mucha atención, claro.

Pero hubo algo más que Fred Omaha tampoco olvidaría. Cuando estaba al pie de las escaleras, un hombre se cruzó con él. Alto, delgado, de cabellos cobrizos y ojos claros. Vestía bien, con mucha seriedad, como si el clima no tuviese importancia. Parecía muy serio, muy ecuánime, muy frío. Fred Omaha pensó que para definirlo como inglés sólo le faltaba un sombrero hongo y un paraguas. Inglés. Sin duda de ninguna clase. A menos, claro está, que estuviese representando un papel, igual que él estaba representando el papel del tipo vividor y alegre, despreocupado, que lo primero que pregunta al llegar a un sitio es si hay chicas y *whisky*.

Un tipo interesante. Sobre todo, si se tenía en cuenta que en su mano izquierda, en el dedo meñique, se veía un anillo de marfil con una flor roja grabada en la parte del sello. Un anillo absoluta, exactamente igual al que Fred Omaha llevaba en su maleta.

Interesante.

Muy interesante.

—Por las mañanas, el sol da en su terraza apenas salir, señor.

Omaha se quedó en el centro de su habitación, de una sola pieza, pero bien distribuida, espaciosa, con baño anexo. El botones estaba señalando el ventanal que daba a la pequeña bahía.

—¿Y a qué hora sale el sol?

—En este tiempo, hacia las cinco.

—Entonces, tendremos que buscar unas cortinas negras.

—¿Cómo dice, señor?

—Es una broma, hombre... ¿Está bien cinco dólares?

—Sí, señor.

—Bueno. Pues te doy diez si me subes una botella de *whisky* antes de dos minutos. Que la carguen a mi cuenta, claro; los diez dólares son para ti.

—Subiré la botella inmediatamente, señor.

—Ponte en órbita.

El muchacho salió de la habitación, riendo. De vez en cuando, llegaba un cliente como aquél, y la vida era más fácil y alegre, y divertida, y uno se alegraba un poco de ser botones.

Fred Omaha cerró la puerta y se quedó ante ella, con las manos en la cintura, serió su rostro como era habitual en él, mirando a todos lados. A veces, ser espía y contraespía era cuestión de matemáticas, casi. Por ejemplo: si alguien está esperando a alguien, y sabe que alguien ha pedido una habitación desde Washington, y luego llega alguien y la ocupa, pues ese alguien tiene que ser el agente del FBI destinado a Sainte Rose para comprar dos millones de uranio... A precio de saldo. Y si entonces alguien quiere saber cosas de ese alguien llegado de Washington, pues nada más práctico que colocar un par de micrófonos en la habitación que alguien ha reservado desde Washington.

Entonces, en aquella habitación había dos micrófonos. Quizá uno solo. Pero había.

Esto eran matemáticas. Luego, llegaban las matemáticas superiores. Por ejemplo: si un espía llega a un sitio en el cual sabe que le han colocado por lo menos un micrófono, sólo tiene que preguntarse dónde colocaría él ese micrófono. ¿Debajo de la cama? ¿Detrás de la mesilla de noche? ¿Detrás de un cuadro? ¿Escondido tras los pliegues de la blanca cortina?

No, señor. No, señor, porque quien coloca el micrófono sabe que quien llega de Washington no es un «don nadie», sino alguien verdaderamente preparado para asuntos de envergadura. Por tanto, era estúpido colocar el micrófono en lugares donde podrían pasar inadvertidos para no profesionales.

¿Dónde colocarle un micrófono a un profesional?

Fue decepcionante. Sólo había uno, pintado de blanco, colocado en la pared, encima mismo de la cabecera de la cama, entre los barrotes de hierro. Estaba allí como si tal cosa...

—Adelante.

El botones entró, con una bandeja en la que se veía una botella de *whisky* y dos vasos. Lo dejó sobre la mesita redonda de cañas y se despidió tras preguntar si podía servir en algo más al señor Omaha, que dijo que no, esperó a que la puerta se cerrase y se quedó mirando el micrófono, un poco confuso.

Era un modelo ruso de hacía cuatro años. Magnético, desde luego. Pero con una peculiaridad muy interesante: estaba construido de un modo... rudimentario. Exactamente ésa era la palabra: rudimentario. Como si alguien lo hubiese hecho por sí

mismo, en lugar de salir de las estupendas fábricas rusas.

Lo dejó caer en un vaso, y echó allí una buena ración de *whisky*. Luego, llenó el otro vaso, fue al inodoro y lo vació allí. Cuando volvió, se quedó mirando la botella, que evidenciaba una buena pérdida de contenido, bastante convincente. En el otro vaso, del micrófono salían todavía unas pequeñas burbujas.

—Fred Omaha ha llegado —dijo el G-man, sonriendo secamente—. Pero no le gustan los chismes.

Sacó su encendedor, lo abrió y sacó del interior un rectángulo metálico cuyo tamaño era la mitad del encendedor. Abrió ese rectángulo metálico y sacó un diminuto cristal plástico. Luego, de la maleta sacó un aparato que parecían unos prismáticos; colocó dentro el pequeño cristal plástico, movió la rueda de graduación y en la pared apareció un rectángulo luminoso, fotografía fidelísima de la hoja del libro de registros del hotel.

Entonces, fue fácil para Fred Omaha saber quiénes eran los últimos llegados al hotel L'Etoile.

Los clientes llegados desde el lunes eran los siguientes, por orden de llegada:

Anne Marie Colman. Habitación 9. Procedencia: Londres.

Emil Barneau. Habitación 5. Procedencia: Nassau, Bahamas.

Margarita Fajardo. Habitación 16. Procedencia: La Habana.

Glenn Skardon. Habitación 4. Procedencia: Viena.

Gregorio Santos. Habitación 23. Procedencia: Caracas.

Carol Appleton. Habitación 19. Procedencia: Dublín.

Fred Omaha. Habitación 12. Procedencia: Washington.

—A este último le conozco, me parece.

Estuvo durante un par de minutos contemplando la lista, pensativo. Tras una facilísima deducción, comprendió que el hombre que llevaba el anillo de marfil igual que el suyo se llamaba Glenn Skardon, es decir, el huésped que ocupaba la habitación 4, y que procedía de Viena. Esto debía ser mentira, naturalmente. Y siempre con las matemáticas, el agente del FBI obtuvo un resultado que parecía no admitir discusiones o controversias: el hombre del anillo de marfil con una flor roja y llamado Glenn Skardon, era británico, procedía seguramente de Londres, y estaba trabajando

para el MI5, o sea, para el servicio de inteligencia inglés. Las matemáticas, bien aplicadas, nunca fallan.

Fred Omaha llegó todavía más lejos en sus sumas y restas. Vamos a ver... Si a él, un agente del FBI, lo citan en Sainte Rose y para distinguirlo le envían un anillo de marfil, y cuando llega al hotel de la cita ve a otro hombre con un anillo igual ¿qué podía pensar? Sólo una cosa: la misma oferta que el personaje llamado U-235

había hecho al FBI, había hecho también al MI5, británico. Y allá estaba aquel nombre francés, Emil Barneau. Con lo cual se podía pensar que también el Deuxième Bureau había recibido la misma oferta. Y puesto que el uranio era ruso..., ¿por qué no citar también a un ruso, a un agente de la poderosa MVD soviética? ¿Y por qué no a otros agentes de otros países?

La conclusión era obvia: todas aquellas personas últimamente alojadas en el hotel

L'Etoile

eran agentes secretos de diversos países, que habían acudido a la cita para comprar uranio para diez bombas A. Todas, menos una. Esa persona era, entonces, el personaje llamado

U-235.

¿O quizá

U-235

era demasiado listo, y no estaba alojado en el hotel, sino que rondaba cerca, a la expectativa?

Se estaba jugando sucio. Muy sucio.

¿O no?

* * *

Aquella noche cenó en el comedor al aire libre del hotel, a menos de doscientos pies de la playa, un poco elevado. Había flores que trepaban por los lados del comedor, y en la playa se veían palmeras y sombrillas de paja clavadas en la arena. Bajo una hermosa luna, se veía gente bañándose...

Pero Fred Omaha pensó que el hombre del anillo de marfil, es decir, el que él había clasificado como Glenn Skardon, procedente de Viena y que seguramente era un agente del MI5, no tenía cara de bañarse a la luz de la luna. Tampoco estaba en el comedor. Los

demás, si. Estaba la pelirroja llamada Anne Marie Colman, una morena sonriente que debía ser Margarita Fajardo, de La Habana. Y la otra chica, aquella de los lentes, debía ser Carol Appleton, que, dicho sea de paso, era la antítesis de la anterior, de la morena. Mientras ésta parecía vivir la vida con una sonrisa en los labios, gozando de todo y, especialmente, del muy femenino placer de saberse admirada como mujer, lo cual merecía, la otra, Carol Appleton, era seria como una pared, y parecía esconder sus claros ojos detrás de los lentes. Era la más alta de las mujeres que se veían en el comedor, muy rubia, muy blanca la piel, con algunas pecas sobre la nariz; tenía los hombros anchos, pero muy bonitos, muy bien formados. Tenía las manos grandes, pero muy bellas, fuertes y femeninas al tiempo. Fred Omaha pensó que parecía una profesora de algo importante, y muy erudita. No se pintaba ni siquiera los labios, pero se le veían sonrosados y frescos. Desde luego, cualquier hombre que estuviese dispuesto a divertirse elegiría primero a la pelirroja Anne Marie Colman o a la morena Margarita Fajardo.

De los hombres, sólo uno parecía que podía identificarse: el caballero serio, de cabellos grises, traje blanco, mirada profunda y gestos calmosos. Parecía muy inteligente. Era muy alto, fuerte, pero sus modales eran suaves, impecables... Fred pensó que aquel hombre podía muy bien ser Gregorio Santos, procedente de Caracas.

Además de la ausencia del británico, el

G-man

notó la ausencia de Emil Barneau. Es decir: del resto de los clientes del hotel, ninguno le pareció que pudiera ser Emil Barneau, pues todos eran nativos de la isla, por poco que él entendiera de aquellas cosas. También había un holandés muy gordo, que estaba sudando tinta para hacerse comprender en francés. Pero además de no parecerle conveniente ayudarlo. Omaha pensó que aquel gordinflón no tenía nada que ver con el asunto.

No vio ningún anillo más en el hotel, pero él sí llevaba el suyo entonces, y estaba seguro de que lo mostraba con toda claridad, para que fuese visto desde cualquier punto del comedor. Si el MI5 estaba dispuesto a entrar inmediatamente en tratos, el FBI jamás podía quedarse atrás.

Después de cenar, pidió café. Y luego del café, para quedar bien, se tomó dos copas de coñac, que le sentaron como dos puñetazos en

el estómago, igual que siempre le había sentado el *whisky*. Ser abstemio tiene a veces sus inconvenientes, sobre todo cuando en ocasiones le corresponde a uno representar el papel de un juerguista divertido.

Una cosa era segura: en Sainte Rose no debía haber demasiadas diversiones, a juzgar por la aburrida retirada a sus habitaciones de los huéspedes del hotel. Allí, al parecer, sólo se podía tomar el sol, nadar y jugar al tenis y al golf. De noche, a dormir. A menos que uno se las arreglara para proporcionarse una diversión particular.

La morena parecía pensar algo así, porque fue la única que se quedó, fumando y mirando poco menos que provocativamente al G-man,

que llegó a pensar que, «para quedar bien», tenía que intentar el abordaje de tan prometedor navío.

No tuvo necesidad de ello.

Fue la muchacha quien, cuando ya estuvieron solos completamente en el comedor, se levantó de su mesa y se acercó, lentamente. Tenía unas piernas sensacionales, eso era indiscutible.

Se detuvo junto a la mesa de Omaha, sonrió, y dijo:

—Hola.

CAPÍTULO III

—Hola —sonrió Omaha—. ¿Qué tal?

—Aburridísima, señor Omaha.

El

G-man

se había puesto en pie. Miró «sorprendido» a la morena.

—¿Sabe mi nombre?

—Eso parece. Yo me llamo Margarita Fajardo. Soy cubana. ¿Puedo sentarme? Le aseguro que no tengo nada que ver con Fidel Castro.

Fred Omaha se echó a reír amablemente. Señaló la otra silla que había en la mesa, y cuando la muchacha se hubo sentado lo hizo él.

—Yo tampoco tengo nada que ver con Fidel Castro. Ni siquiera llevo bigote, ya ve.

—Lo veo... —rió Margarita—. Usted, seguramente, es bastante... enemigo de Fidel Castro. Porque usted es norteamericano, señor Omaha, ¿verdad que sí?

—Pues sí. Soy un tipo afortunado. ¿Cómo sabe tantas cosas de mí?

—Porque las he preguntado al camarero, el cual, a su vez, las ha preguntado al conserje, el cual ha sido tan amable de facilitarme tan pobres datos.

—¿Pobres datos?

—Muy pobres. Lo de que usted es norteamericano, se ve de aquí a La Habana. En cuanto a su nombre, es fácil saberlo mirando el último nombre apuntado en el registro del hotel.

—Curiosona —sonrió Omaha.

—Le diré la verdad, señor Omaha. Me aburro soberanamente... Y cuando lo vi antes, me dije: «Margarita, ahí tienes a un caballero

que parece simpático. Si eres decidida, a lo mejor te lleva de paseo esta noche a cualquier sitio. Aunque sea a un aburridísimo cine, o algo así». Eso me dije. También me dije que a lo mejor está de vacaciones aquí, y entonces todo sería estupendo. ¿Está de vacaciones?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Estoy aquí para ver si consigo vender algunas máquinas. Pero soy de los que opinan que el trabajo puede ser divertido... Bueno, el trabajo no, pero sí los momentos que deja libres el trabajo... Quiero decir que soy un tipo que sabe arreglárselas muy bien para tener tiempo para todo.

—Admirable, señor Omaha. Oiga, qué anillo tan curioso...

—Es un recuerdo de mi abuelita.

Margarita Fajardo se echó a reír. Pero de pronto quedó seria, pensativa.

—No sé... Yo diría que he visto antes otro anillo como éste, señor Omaha.

—¿Tiene usted abuelita?

—¡No! —rió la muchacha—. ¡Ya no!

—Entonces, nada. ¿Dónde cree haberlo visto antes?

—Pues no sé... Oh, deben ser tonterías mías. ¿A usted le gusta el champaña, señor Omaha?

—Me encanta. ¿Y a usted?

—Me enloquece.

—Pues hagamos un trato: yo pido una botella de champaña, nos la bebemos entre los dos, y luego usted me llama Fred.

—Y usted a mí, Margarita.

—Okay. Si los políticos fuesen de tan rápidas decisiones como nosotros, el mundo rodaría mejor. ¿Lleva aquí muchos días?

—Solamente dos. ¿Por qué?

—He pensado que después de la primera botella podríamos bebemos otra... Pero me pregunto dónde. ¿Usted conoce el lugar?

—Más o menos, como usted. Si lo que está buscando es un sitio alegre, olvídelo. ¿Tiene coche?

—Me las arreglaré para alquilar antes de cenar un artefacto con ruedas, por medio del hotel. Con gasolina, marcha. ¿Puede sernos útil?

—Para pasear, sí. A tres kilómetros de aquí hay unas playas muy hermosas, con las palmeras casi tocando el agua. Un lugar solitario, tranquilo.

—¿De los que recomiendan los médicos?

—Fred —rió Margarita—, usted me gusta.

—No se propase —frunció el ceño el

G-man

—, hemos quedado que me llamará Fred cuando hayamos bebido la botella de champaña. Y ni siquiera la hemos pedido. ¿La paga usted, o la pago yo?

—El que tenga más dinero.

—Usted paga... —suspiró Omaha—. Pero como no me gusta abusar, yo pagaré la que nos beberemos en esa playa con palmeras. ¿Le gusta nadar de noche?

—Me vuelve loca.

—Tendremos que buscar un manicomio. ¿Cuánto tiempo estará en la isla?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que me divierta en ella.

—¿Y luego?

—Buscaré otro sitio.

—Ajá... —Omaha se tocó la frente—. A eso le llamo yo pensar con la masa blanda. Le concederé otra oportunidad. Si gana, yo pago el champaña. Las dos botellas, se entiende. Veamos: ¿soy guapo o feo?

—Casi guapo. Pero muy masculino.

—A pagar, Freddy —suspiró el

G-man

—. Oiga, Margarita, usted tiene muy buen ojo.

—¿Bonitos, quiere decir?

—Y con vista. Qué tontería, ¿verdad? Los ojos son para ver.

—Y el champaña para beber. ¿De verdad no le molesta que haya sido tan audaz, Fred?

—Voy a decirle un secreto: si usted tarda medio minuto más en ser audaz, ahora estaríamos sentados a su mesa, no a la mía.

—¿Habría venido? ¿De verdad?

Fred Omaha alzó una mano.

—La verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

Chascó los dedos, el camarero los miró ahora sin disimulos, y el G-man

movi6 una mano sobre otra, con el gesto de quien utiliza el pulgar para destapar una botella.

—¡Pum! —dijo—. Y que sea con burbujas.

Margarita volvió a reír. Miraba a Omaha como quien se siente encantada de la vida. La noche era tibia, sensual, con cierto ramalazo ardiente. Y la luna se veía de un tono parecido al de una calabaza. Una noche tropical de las clásicas.

Cuando el camarero llegó con la botella, Margarita estaba riendo de nuevo. Omaha tomó la botella y se quedó mirando el sobre que había en la bandeja. Su nombre estaba escrito allí, con letras mayúsculas.

—¿Qué pasó?

—Para usted.

—No me diga... ¿De dónde ha salido?

—El conserje dice que lo encontró hace unos minutos sobre el mostrador. ¿Quieren más hielo?

—No. Pero ponga otra botella al fresco.

—Sí, señor.

Destapó la botella de champaña, escanci6 una dosis prudente en las copas y tendió una a Margarita.

—Chin-chin... —brindó—. Por nosotros.

—Chin-chin. ¿No lee la carta?

—Es una nota. Una carta llevaría sellos, matasellos, y estaría sucia. Es una nota de alguna admiradora. Espero que sea usted.

—Lamento defraudarle —rió una vez más la muchacha.

—¿Me permite?

Rasgó el sobre y sacó el papel que contenía. El mensaje no podía ser más breve, realmente:

«Camine por la playa, hacia el Sur.

»U-235».

—¿Una cita? —preguntó Margarita, muy interesada.

—Me pregunto cómo demonios me ha localizado.

—¿Quién? ¿Su admiradora?

—Mi sastre. Es una factura.

Margarita tuvo que volver a reír. Dejó de hacerlo bruscamente cuando Omaha, tras colocarse un cigarrillo en los labios, aplicó la llama de su encendedor a la carta y al sobre, obteniendo así una llama más grande, con la cual encendió el cigarrillo. La muchacha lo miraba con los ojos muy abiertos. Cuando todo el papel estuvo quemado, Omaha comentó:

—Ojalá pudiese hacer lo mismo con él. Con mi sastre, quiero decir.

—Eso no era una factura de su sastre.

—¿Qué cree que era?

—Ah, no sé... Pero insisto en que es una cita.

—Acertó. ¿Estará mañana por aquí?

—Claro...

—Nos veremos. Mmm... Bueno, quizá podamos vernos antes.

—¿Cuándo?

—Quizá vuelva tarde. Pero si usted no se bebe todo el champaña, yo podría ayudarla más tarde. Sólo tiene que llevarse la botella a su habitación. ¿Qué le parece?

—Como idea, no está mal... —murmuró ella—. La dieciséis.

—Chin-chin —sonrió Omaha.

Se puso en pie y se dirigió hacia la playa. Se descalzó al llegar a la arena, cogió los zapatos por los cordones y se los echó sobre un hombro hacia la espalda. Estuvo un par de minutos contemplando el mar, la blanca espuma. Luego, se volvió hacia el comedor-terraza, y comprobó que Margarita ya no estaba allí. Metió la mano bajo la blanca chaqueta y sacó la pistola. Estiró el cargador y volvió a colocarlo, con suave chasquido. Luego, metió la pistola dentro de un zapato, y con ellos colgando cerca de sus rodillas, se dirigió hacia el Sur, gozando de la frescura de la arena en los pies.

Durante cinco minutos, estuvo caminando tranquilamente, casi metiéndose en el agua, lo cual prefería a meterse entre las palmeras, donde podían prepararle con mucha más facilidad una emboscada. Cosa que era más que probable, teniendo en cuenta que el personaje que se hacía llamar

U-235

no estaba jugando demasiado limpio, según parecía.

Transcurridos esos cinco minutos, una sombra brotó de pronto ante él, alzándose de la arena. Fred Omaha quedó con los pies clavados en la arena, sin acabar el movimiento instintivo de dar un paso atrás... Tampoco cogió su pistola del zapato, porque precisamente, lo que más destacaba en aquel hombre era el brillo de una pistola en la mano derecha, inconfundible el largo tubo silenciador.

—No se mueva.

Casi en seguida, Omaha oyó por detrás el crujir de la arena. Y unos segundos después, unas manos recorrían su cuerpo, por detrás, con movimientos rápidos y expertos.

—Lleva la funda, pero no la pistola —dijo una voz tras él.

—Eso es bien extraño... ¿Estás seguro?

—Claro.

Estaban hablando en español, pero el

G-man

se guardó muy bien de demostrar que los entendía.

—¿Los envía él? —preguntó en inglés.

—¿Quién?

—Su jefe: U-doscientos treinta y cinco.

Ninguno de los dos hombres dijo nada. Pero, más que verlo, Fred Omaha notó el gesto de sorpresa de ambos. Fue una sensación más que una visión o un conocimiento exacto.

—Camine —ordenó luego el primero.

—¿Hacia dónde?

—Por entre las palmeras y hacia el Sur, como estaba haciendo... Dentro de un par de minutos tomaremos un camino... Lo verá a su izquierda. Camine por él, sin comentarios. Y allá usted si cree que puede ganarles a dos hombres armados. ¿A qué servicio pertenece?

—No comprendo...

—Usted es un agente secreto. ¿De qué país?

—Oiga, amigo, usted está loco. Yo soy un representante de...

—Camine. Veo que no es momento de hacerle entrar en razón. Ya discutiremos sobre eso en un lugar adecuado.

Fred Omaha encogió los hombros. Se apartó de la playa, caminando hacia las palmeras. Luego lo hizo entre ellas, hasta que, dos minutos después, en efecto, vio el camino, a la izquierda. Se detuvo en el límite de la zona arenosa.

—¿Puedo ponerme los zapatos?

—Hágalo. Pero de prisa.

El

G-man

los alzó, metió la mano dentro de uno, empuñó la pistola y se volvió, veloz como un relámpago.

—¡Cuid...!

Plop.

El que había empezado a lanzar la advertencia enmudeció bruscamente, saltando hacia atrás, con una bala en el centro del pecho. Rebotó contra una palmera, de espaldas, y cayó luego de bruces, fuertemente lanzado.

Plop.

El otro había disparado contra Omaha, pero éste ya estaba de rodillas cuando su primera bala disparada ni siquiera había llegado al cuerpo del primer vencido.

Notó sobre su cabeza el soplo caliente de la bala disparada por el desconocido, al mismo tiempo que él volvía a disparar, pero no a matar está vez, porque le interesaba mucho conversar con uno de aquellos hombres.

De modo que, tal como se había propuesto en su segundo disparo, la bala dio en la pistola del otro, arrancándosela de la mano y dando un tirón del brazo que ladeó al individuo, casi obligándolo a girar... El

G-man

saltó hacia él, pistola en alto, dispuesto a golpearle en la cabeza, sin fuerza para matarlo, pero sí para privarle por unos minutos del conocimiento.

Lanzó el golpe cuando el otro todavía no había recuperado el equilibrio.

Y se llevó una sorpresa. Una sorpresa que venía a demostrar que no era único en saber pelear. Su brazo fue aferrado en el aire y, siguiendo su propio impulso del golpe, el otro le golpeó la mano contra una palmera. La pistola saltó a la arena. Pero cuando el enemigo desconocido, tras soltar la mano del

G-man,

quiso saltar hacia el arma, también tuvo motivos para comprender que no era el único en saber pelear.

Recibió un hachazo en plena boca, dado con el canto de la mano, que casi lo derribó de espaldas. Retrocedió un par de pasos solamente, empero, y cuando Omaha daba un paso hacia su pistola de silenciador acoplado de origen, saltó sobre su espalda, rodeando el cuello del agente del FBI con el brazo derecho, y golpeando en los riñones con fuerza con el puño izquierdo.

Fred lanzó un gemido ahogado, y pareció que sus fuerzas flaqueaban, porque se relajó de pronto. El otro quiso apretar con más fuerza su garganta y golpear de nuevo en los riñones. Pero recibió un codazo en corto, durísimo, en un lado del estómago... Luego, se vio volando por entre un par de palmeras, el mundo al revés, la luna a sus pies... El encontronazo con otra palmera detuvo su marcha. Rebotó, cayó en la arena, medio aturdido, y vio al agente federal acercándose velozmente.

Cogió un puñado de arena, se incorporó, y la tiró hacia el rostro de Omaha, que alzó los brazos demasiado tarde. Una pequeña parte de aquel puñado de arena entró en sus ojos, que cerró con fuerza, instintivamente. Pero también instintivamente comprendió cuál iba a ser la inmediata acción de su enemigo, porque, a pesar del dolor, los entreabrió un instante, a tiempo de verlo ante él, a unas tres yardas, inclinándose para recoger la pistola.

Fred Omaha saltó entonces hacia la espalda del hombre, con los ojos cerrados. La molestia era tal que de ninguna manera podía abrirlos de nuevo.

Tuvo suerte.

Cayó sobre los hombros del otro, aferrándose desesperadamente a su cuello...

Plop.

La bala disparada por el desconocido con la pistola del agente del FBI pasó sobre la cabeza de éste. Debía haber doblado el brazo, y estaba disparando hacia atrás.

Omaha clavó con más fuerza el brazo izquierdo en aquella garganta, y con la mano derecha sujetó las mandíbulas del contrario, clavando los dedos allí como si fuesen garfios.

—¡Suéltela! —jadeó—. ¡Suéltela o le romperé el cuello...!

Plop.

Casi notó el contacto de la bala en un lado del cuello esta vez. Y comprendió que su vida dependía de menos de medio segundo. Si el

otro volvía a disparar, le acertaría, por fin, aunque fuese disparando torciendo el brazo hacia atrás, cosa bastante fácil si en lugar de quererle acertar en la cabeza, bajaba el brazo y le metía una bala en el costado, que bastaría para decidir la pelea.

La alternativa era fácil.

Fred Omaha movió la mano derecha, con toda su fuerza, hacia afuera, forzando el cuello del otro. Se oyó un crujido, la cabeza pareció quedar suelta, y el cuerpo se relajó completamente, pesando en los brazos del

G-man.

Éste no soltó todavía la mortal presa, sino que agitó un par de veces la cabeza de su enemigo, para convencerse de que, en efecto, había muerto por rotura de cuello.

Sólo entonces lo dejó caer, y quedó en pie en la oscuridad, tambaleándose, con los ojos llenos de arena, cerrados, completamente ciego. Oía el rumor del cercano mar, y su propio jadeo. Esperó casi un minuto, recuperando el ritmo respiratorio y calmando el temblor de sus manos y brazos.

Se tocó luego suavemente los párpados, todavía sin abrir los ojos. Aquellos granos de arena allí dentro le producían la impresión de pequeñas puntitas de alfiler al rojo vivo. Con todo cuidado, se sujetó el párpado superior del ojo derecho y lo estiró hacia fuera y abajo, deslizándolo por encima del inferior y frotando luego suavemente con la yema de un dedo. Poco después podía abrir a medias el ojo. Vio el brillo de la luna entre las palmeras y sobre el agua.

Repitió la operación con el otro ojo, sin prisas, con todo cuidado siempre. Le escocían horriblemente los ojos cuando terminó, y estuvo todavía no menos de tres minutos haciendo guiños y estirándose los párpados superiores. Por fin, pudo ver de un modo aceptable. El dolor ya pasaría.

Sabía que el último enemigo estaba muerto. Examinó al otro y comprobó, con disgusto, que también era ya cadáver. Lo cual, aparte del disgusto que le producía, tenía el inconveniente de que no podría enterarse de algunas cosas que le interesaban.

Recogió las pistolas, las puso en los bolsillos de los desconocidos enemigos y luego los arrastró hacia un punto donde la luz lunar llegaba sin impedimentos a la arena. Estuvo unos segundos

contemplando aquellos rostros crispados. Desde luego, no los conocía. Se veían azulados a la luz de la luna.

Encogió los hombros, resignado. Sacó el encendedor, y obtuvo una foto de cada uno. Sabía que saldrían unas fotos impecables, debido al sistema de infrarrojos de la microcámara. Luego, de la billetera sacó dos pedazos de delgadísimo papel transparente, que parecía celofán. Cada uno de aquellos papeles estaba encarado a otro, pegados. Los despegó, y fue colocando las yemas de los dedos de cada hombre en un papel. Luego, los pegó de nuevo y arrancó una esquina del papel correspondiente a las huellas del primero que había fotografiado, y dos esquinas del segundo. Guardó los papeles en la cartera, se puso los zapatos y se quedó junto a los cadáveres, con las manos en la cintura, pensativo.

Desde luego, indiscutiblemente, no podía dejarlos allí. Tampoco podía tirarlos al mar desde la misma orilla, pues corría el riesgo de que por la mañana los dos cadáveres estuviesen en la playa.

Cogió los pies de uno y tiró de él, buscando una zona de arena más blanda, cerca de la orilla, casi al borde mismo de las palmeras. Luego, llevó al otro.

Durante diez minutos estuvo cavando en la arena, con las manos, hasta conseguir un hueco lo bastante grande. Metió dentro los dos cuerpos, los cubrió con la arena y alisó el montículo, que quedó como una irregularidad más en la playa. Regresó hacia el camino, borrando con los pies el par de surcos dejados durante el arrastre de los dos cadáveres. Se aseguró que todo quedaba en orden en aquel trozo de playa alejado del hotel, deseando que no fuese precisamente uno de los lugares concurridos, cosa que no creía, porque había trozos de playa más bonitos y cómodos para bañarse.

Luego regresó al hotel, profundamente disgustado.

* * *

Se detuvo delante de la puerta señalada con el número 16, con la cabeza baja, contemplando la botella de champaña que había en el suelo, junto al marco.

Mejor.

La verdad era que le hacía maldita la gracia tener una aventura femenina precisamente aquella noche, y se alegró de que Margarita

Fajardo hubiera decidido suspenderla.

Cogió la botella y fue hacia su habitación, la 12, en el mismo piso.

Abrió la puerta y la empujó, apartándose. Nada sucedió. Metió un brazo dentro, dio la luz, y luego fue asomándose cautamente. Vía libre. Ya le habían sorprendido una vez en aquella misión, y estaba dispuesto a que el fracaso no le ocurriera de nuevo.

Entró, cerró con llave y se dirigió al cuarto de baño, dispuesto a atender debidamente sus ojos. Podía ver perfectamente ya, pero sentía molestias por la arena que todavía tenía en ellos. A falta de cosa mejor de que disponer, podía lavárselos con jabón, de modo que éste entrase en ellos, excitando el lagrimal. Nada mejor que las lágrimas para limpiar los ojos.

Así lo hizo. Pasó un mal rato, pero perfectamente soportable. Además, estaba seguro de que toda la arena había salido. Se aclaró las manos, cerró el grifo...

Bip-bip-bip-bip-bip...

Apenas dejó caer el agua, este sonido llegó a sus oídos, muy apagado. Lo conocía muy bien: era una llamada de radio de bolsillo. Pero no de su radio de bolsillo, que estaba escondida en el fondo doble de la maleta y desconectada.

Bip-bip-bip-bip-bip...

Salió del cuarto de baño secándose las manos, en mangas de camisa, visible entonces la funda dorsal, con la pequeña pistola de silenciador anexo de origen a los mecanismos. Se echó la toalla al hombro y se quedó mirando la pequeña radio que había sobre la almohada de su lecho. El bip-bip-bip, suavísimo, llegaba allí... Se acercó y se quedó mirando el pequeño rectángulo metálico. Era bastante anticuado, quizá unos cuatro años. Es decir, más o menos como aquel micrófono que había metido en el vaso con *whisky*. Quienquiera que estuviese haciendo aquello, estaba cuatro años atrasado en las técnicas y material del espionaje internacional. En la actualidad, las radios de bolsillo eran apenas audibles para quien las llevaba; algunas, incluso efectuaban la llamada por simple vibración, que el cuerpo notaba; otras ni siquiera sonaban, limitándose a emitir un parpadeo rojo en una diminuta bombilla. Pero, todas, más pequeñas que la que tenía sobre la almohada.

La cogió y admitió la llamada, justo cuando comprobaba que el

micrófono ya no estaba en el vaso de *whisky*.

—¿Quién es?

—Señor Omaha —dijo una voz seca, áspera—, no me gusta su comportamiento.

—¿Quién es usted?

—U-doscientos treinta y cinco.

—Entonces, le diré que a mí tampoco me gusta el suyo.

—Le di una cita. ¿Por qué no acudió?

—Acudí. Pero no me gustó su..., su sistema de recepción.

—¿De qué está hablando? Usted no acudió a la cita, y yo no pude emplear ningún sistema de recepción.

—¿No envió usted a dos hombres a esperarme?

—Claro que no. ¿Qué ha ocurrido? ¿De qué está hablando?

—Pues... Me temo que no lo sé.

—Señor Omaha, quizá sus superiores no le dieron a leer la carta que yo envié a Washington.

—¿Se refiere a su amenaza de muerte si el enviado juega sucio? Lo leí. Pero yo no he jugado sucio. A menos que usted considere que es una sucia jugada querer seguir viviendo. Me defendí, eso es todo. Usted fue quien atacó.

—Le aseguro que no sé de qué habla.

—Como quiera. No discutamos más. Tengo el cheque por dos millones de dólares. De modo que si me dice dónde y cuándo puedo verlo, se lo entregaré... a cambio de diez naranjas, usted ya sabe. ¿Dónde nos vemos?

—Esta noche ya no puede ser.

—¿Entonces...?

—Mañana. Conserve la radio, y yo le llamaré por ella cuando sea conveniente... ¿Está armado, señor Omaha?

—Hasta los dientes.

—Bien. Ya hablaremos sobre eso. Buenas noches.

—A-ah... Un momento, por favor. Tengo una pregunta que hacer... ¿Qué significa la presencia aquí de agentes del MI5, probablemente del Deuxième Bureau francés, y digamos que también de la MVD?

—Buenas noches, señor Omaha.

La comunicación se cortó. Fred dejó la radio en la mesita de noche y fue al armario. Sacó la maleta, abrió el doble fondo tras

desconectar la descarga eléctrica a baterías, y sacó su propia radio de bolsillo. La conectó y la accionó:

—Wa-nueve llamando a prolongación de San Juan.

—Adelante, Wa-nueve.

—Efectúen mañana al amanecer la recogida de material que he conseguido. La respuesta es urgente.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Nada.

—Adiós, Wa-nueve.

Fred Omaha cerró la radio, la guardó, colocó la maleta en su sitio tras conectar la descarga eléctrica, y se dijo que durmiendo acabaría de marchársele la molestia que todavía notaba en los ojos.

CAPÍTULO IV

Hacía un espléndido día, y el mar se veía azul y verde, con adornos blancos de espuma. La mayoría de los clientes del hotel estaban bajo los parasoles, listados de colores; a Fred Omaha le recordaban los balnearios franceses.

En el mar se veían algunos patines a vela, un par de lanchas, algunos bañistas. De vez en cuando llegaba alguna risa hasta la quietud de la terraza-bar junto a la pequeña piscina azul y blanca. En las aguas, transparentes como el cristal, nadaban con evidente placer algunos de aquellos clientes del Hotel

L'Etoile

que el

G-man

ni siquiera se había molestado en calificar. Por ejemplo, el holandés gordo.

La mayor parte de los clientes que Omaha había definido como «normales» estaban allí, a la vista.

Como contrapartida, era curioso observar que de los «anormales» faltaban casi todos. Todavía no había conseguido echarle la vista encima a Emil Barneau, el francés llegado de Nassau y que, sin duda, pertenecía al Deuxième Bureau. Tampoco estaba allí Glenn Skardon, el que se suponía pertenecía al MI5 británico. Ni estaba Margarita Fajardo, la bebedora de champaña que se aburría en Sainte Rose..., pero que permanecía allí. Ni estaba Gregorio Santos, el venezolano...

Resumiendo: de los personajes «anormales», sólo estaban en la terraza el agente del FBI y Anne Marie Colman, la colosal, sugestiva, pero muy seria pelirroja de ojos verdes. Llevaba un maillot rojo pálido que, a juicio del

G-man,

no le sentaba demasiado bien. Y lentes de sol, lo cual era una barbaridad, porque, precisamente, aquellos verdes ojos eran casi lo mejor de la pelirroja.

Y ataviado olímpicamente con un *slip* amarillo, el agente del FBI que dirigía frecuentes miradas de reojo a la pelirroja y a la salida del hotel hacia la piscina y playa. Cabía la posibilidad de que los que faltaban allí estuviesen jugando al golf o al tenis... Posibilidad que el

G-man

había anulado poco antes, cuando se dio un paseo por allí, fumando y sonriendo lánguidamente, atlético y atractivo con su albornoz color marrón claro.

En aquel momento, y muy puesto en su papel de sagaz representante de una firma norteamericana de maquinaria, estaba sentado a una mesita, con el listín telefónico de Sainte Rose abierto ante él, y tomando nombres y direcciones de posibles futuros clientes. Era, según parecía, un hombre organizado, metódico.

Y decidido.

Cogió el listín, se levantó y fue hacia la mesita donde Anne Marie Colman fumaba y miraba hacia el mar.

—Buenos días, señorita Colman.

Ella volvió la cabeza lentamente, lo miró de arriba abajo, y musitó, con cortesía evidentemente forzada:

—Buenos días.

—Mmm... Verá usted... Soy representante de una firma norteamericana de maquinaria, y estaba buscando clientes en el listín...

—¿Y?

—Bueno... No conozco bien Sainte Rose...

—¿Espera que le sirva de guía?

—No, no... No me atrevería a pedirle tanto... Había pensado consultar a algún empleado del hotel, pero temo que están ocupados. Además —sonrió lo mejor que supo—, me ha parecido que los dos podríamos entretenernos juntos al mismo tiempo que usted, que según parece es la clienta más antigua de aquí, me indica qué clase de lugares son transitables en automóvil, porque así...

—Señor Omaha, ¿me está confundiendo con una mujer del tipo

de Margarita Fajardo?

—¿Cómo...?

—He hecho una pregunta clara.

—Bueno, no entiendo...

—No le he autorizado a sentarse, creo.

Fred Omaha sonrió de nuevo, a medio sentarse. Se incorporó y se quedó mirando a la pelirroja, como azorado.

—Perdone.

—Y sigue sin contestar mi pregunta. ¿Le parezco del tipo de la señorita Fajardo?

—Es que no sé a qué se refiere...

—Al champaña y a las risas. A mí no me gusta reír.

—Oh... ¿No es feliz?

—No le importa a usted.

—No... Ciertamente que no. ¿Nos vio usted anoche a la señorita Fajardo y a mí, en el comedor? Si no recuerdo mal, cuando ella y yo hablamos estábamos solos...

—Pero todos los hoteles que conozco tienen ventanas. Y a mí me gusta el aire fresco.

—Claro... Claro, claro... Oh, sí, en efecto, tiene usted un aspecto muy... saludable.

—Mire, señor Omaha: su pretexto para hablar conmigo es bastante tonto. Creo que haríamos bien los dos si nos dedicásemos a lo de antes. Usted a sus papeles, y yo a mirar el mar.

—Bien... De acuerdo. Sé perder. Adiós —dio la vuelta, pero se volvió de pronto—. ¿Puedo darle un consejo, señorita Colman?

—¿Usted a mí?

—¿Por qué no? No soy muy viejo, pero tengo mucha experiencia... Y esa experiencia me obliga a decirle que se quite los lentes de sol... Sus ojos son muy bonitos.

Anne Marie Colman se quitó los lentes. Tenía el ceño un poco fruncido, pero sus labios parecían prometer una sonrisa.

—¿Algo más, señor Omaha?

—Sí; lamento saber perder. Tendré que aprender a ser pesado, porque presiento que a veces valdría la pena. En fin... Adiós.

Regresó a su mesa, se sentó y miró a la pelirroja, que ahora lo miraba fijamente, como si estuviera un poco sorprendida. Omaha alzó, una mano, movió los dedos, y dijo:

—Cu-cú.

Luego, continuó con el listín, tomando nombres... y un par de fotografías de Anne Marie Colman, ahora qué se había quitado los lentes. Luego, en uno de los papeles, escribió:

«Dice llamarse Anne Marie Colman y proceder de Londres. Pero, por supuesto, no se llama así. Es rusa; posiblemente, casi seguramente, de la MVD. Espero conseguir sus huellas pronto, pero mientras tanto ahí van dos fotos. Siempre, todo urgente. ¿Recogieron los que dejé esta madrugada eh el lugar convenido?

»W-9«.

Se quedó mirando lo escrito y movió negativamente la cabeza. No, Nada de mensajes escritos. Esperaría la ocasión de utilizar la radio, y daría el mensaje por ese medio. Además, quizá para entonces hubiera conseguido ya las huellas de la pelirroja, y todo sería más completo.

Una idea muy buena, mientras tanto, sería la de darse una vuelta por el hotel. Especialmente, claro está, por las habitaciones de los huéspedes invisibles... Emil Barneau, Glenn Skardon, Gregorio Santos, Margarita Fajardo, la rubia Carol Appleton...

Y pensando en esta última, la muchacha apareció en la terraza. Se dominaba muy bien, pero Fred Omaha tenía buena vista y mejor psicología. Carol Appleton estaba nerviosa... No. Nerviosa, no. Preocupada... Exactamente: preocupada.

Llegó a la terraza mirando a todos lados. Luego fue hacia la playa. Después, Omaha la vio dirigirse hacia las pistas de tenis. Y, finalmente, hacia el campo de golf, tan pequeño y simpático, con su césped bien cuidado.

Por último, regresó a la terraza, se sentó a una mesa y llamó a un camarero, con una seña.

Omaha parecía enfrascado en su revisión del listín, pero no perdía de vista a la muchacha. Bien mirada, y a pesar de sus lentes, era la más bonita de todas. El albornoz se había abierto, y se veían sus blancas piernas, perfectas. Las pecas le quitaban un poco de

seriedad. Era casi tan alta como el propio Omaha, pero estaba tan bien proporcionada que no lo parecía. Sí... Bien mirada, quizá resultase una compañía mejor que Anne Marie Colman o Margarita Fajardo. ¡Pero era tan seria...!

La muchacha empezó a mirar su relojito. Seguramente, no pensaba bañarse. Era tan blanca, que la menor exposición al sol levantaría unas formidables ampollas en su piel. Al cabo de un minuto, volvió a mirar el reloj. Estaba esperando a alguien, al parecer. Volvió a mirarlo un minuto después. Y otra vez. Luego, lo miraba cada medio minuto. Y se impacientaba cada vez más. No lo parecía, pero Omaha sabía que ella estaba ahora más preocupada que antes. Y, además, había acabado por ponerse nerviosa, después de todo.

Emil Barneau debía ser del Deuxième Bureau, Glenn Skardon, del MI5. Anne Marie Colman, quizá de la MVD... ¿A qué servicio pertenecía Carol Appleton?

—Buenos días, Fred.

Vaya... Allí estaba la morena. El
G-man

se puso en pie, volviendo la cabeza y sonriendo.

—Buenos días, Margarita. Estoy enfadado con usted.

—¿Por lo de anoche?

—Claro. ¿Puedo silbar?

—¿Silbar? ¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere silbar?

—Eso que hace «fiu-fiuuuuu...». ¿Puedo hacerlo?

—Ya lo ha hecho... —rió Margarita—. ¿Le he impresionado?

—Me ha emocionado. ¿Querrá creer que hasta ahora no me gustaron las chicas con *shorts*?

—¿Y yo le he hecho cambiar de opinión? —volvió a reír ella, sentándose y cruzando las piernas.

—Ajá... Con esos *shorts* tan de verdad cortitos, ese jersey a rayitas tan... escotadito, y con su..., con su... ¿Cómo diría yo? Con su... aire juvenil, eso es... Pues con todo eso, Margarita, está usted que paraliza las olas del mar.

Margarita Fajardo volvió a reír. Era una muchacha alegre, no cabía duda.

—¡Es usted terrible, Fred!

—Apuesto a que sí. Esto... —El

G-man

miraba las formidables piernas morenas y señaló una—, ¿es auténtico?

—¿El qué?

El lunar.

Margarita entornó los ojos, maliciosa.

—Imagino que esté pensando en algún modo de convenceré, Fred.

—¿Es o no es auténtico?

—Completamente auténtico.

—Bien... No es que desconfíe de su palabra, pero... Vaya, es verdad que me gustaría... convencerme.

—¿Aquí?

El

G-man

acabó de doblar el papel en el que había escrito el mensaje, y se quedó mirándola expectante.

—No parece el lugar apropiado, ¿verdad? —musitó.

—Pues no.

—¿Cree que se sorprenderían mucho si pidiéramos ahora aquella botella que anoche no tomamos?

—¿Y nos la beberíamos en...?

—Bueno... Creo que lo mismo da su habitación que la mía. El caso es tener intimidad, estar solos... Así se puede charlar con más despreocupación, ¿no cree?

—Fred, anoche ya le demostré que opino que usted corre demasiado.

—Lo decía sólo para poder examinar mejor el lunar.

—Pero no en el hotel.

—¿Paseando por la playa solitaria de que me habló anoche?

—Eso estaría mejor.

—Bien. Acepto encantado..., pero más tarde.

La última parte de la frase la había dicho un poco precipitadamente. Carol Appleton, tras consultar su reloj un buen número de veces más, se había levantado y regresaba al interior del hotel...

—¿Más tarde? —musitó Margarita.

—Mmmm... Sí. Sí, un poco más tarde.

Parecía que iba a ponerse en pie, y Margarita señaló el papel que tenía entre los dedos.

—¿Otra vez el sastre?

—¿El...? No. Esta vez es el zapatero. Creo que iré a verle, ahora mismo.

—¿Le han perseguido los dos hasta aquí?

—Peor que eso: me advierten que tengo cerca dos gorilas que me van a dejar sin narices si no les pago. Y las necesito para reconocermme cuando me mire al espejo. Con permiso...

—Ya es la segunda vez que me deja sola, Fred. Creo que tendría que molestarte.

—No querrá que me quede sin narices... Hasta ahora.

Entró en el hotel. Carol Appleton ya no se veía. Se acercó a las escaleras y oyó el suave taconeo. Subió tras ella, silenciosamente. A veces, hasta los espías pueden obtener frutos mirando por las cerraduras.

Pero se produjo una sorpresa. Carol Appleton, que ocupaba la habitación 19, y por tanto debió detenerse en el segundo piso, continuó escaleras arriba, hacia el tercero y último. Fred Omaha, siempre dejándole aquel piso de ventaja, se detuvo, aguzando el oído. Oyó los pasos amortiguados. Luego, la llamada a una puerta. ¿Qué personaje interesante había en el tercer piso? Uno: Gregorio Santos, el venezolano maduro y atractivo.

Ya no oía nada. Subió lentamente, asomó la cabeza al pasillo del tercer piso... No había nadie allí. ¿Estaba Carol Appleton en la habitación 23, con Gregorio Santos? ¿O había un personaje nuevo en escena?

Se apartó, casi respingando, cuando la puerta del 23 se abrió. Quedó pegado a la pared un instante, agazapando. Y cuando empezaba a bajar a toda prisa y silenciosamente, oyó el inconfundible ruido de una llave accionando una cerradura.

Bajó a toda prisa al segundo piso, entró en su habitación y dejó la puerta entornada, apenas una décima de pulgada. Carol Appleton apareció en el pasillo segundos después, tan pálida y vacilante que el

G-man

temió por un momento que iba a desvanecerse. Parecía que jamás hubiese tenido sangre en el rostro, y las manos le temblaban

visiblemente. En una de ellas llevaba una llave, que guardó en el escote cuando se detuvo ante la puerta de su habitación, la 19. Entró, cerró...

Fred Omaha quedó allí mismo, mirando la puerta. Y de nuevo empezaron las matemáticas. Aquella vez, el problema parecía sencillo...

Acabó de cerrar la puerta, sacó la maleta, abrió el doble fondo y sacó el juego de ganzúas especiales. Estuvo unos segundos mirando su propia llave de la habitación y las ganzúas. Por fin, eligió dos, las separó, y lo guardó todo.

Volvió a abrir la puerta una décima de pulgada. Un poco más, un poco más... Nadie. Salió al pasillo, regresó al piso tercero, metió una de las ganzúas en la cerradura, dio la vuelta... Empujó la puerta, entró y la ajustó tras él. La habitación estaba a oscuras, con las persianas completamente cerradas.

Dio la luz.

Exactamente. Las matemáticas nunca fallan.

Se acercó al cuerpo de Gregorio Santos, que yacía en la cama, en pijama, cara al techo. Su condición de cadáver estaba tan a la vista, que el

G-man

tocó por pura rutina el frío rostro. Frío y pétreo ya... Destapó el cadáver completamente, pero no vio ninguna señal de herida... De pronto, su mirada quedó fija en la jarra de agua, en el vaso, ambos sobre la mesita de noche. Sin tocarlos, se inclinó, y pareció que, en efecto, la nariz le servía de algo. La arrugó, frunció el ceño.

Bien; la muerte por envenenamiento está al alcance de cualquier espía. Un pequeño descuido, y... ¡Adiós!

Obtuvo un par de fotos del cadáver, así como las huellas, por el procedimiento empleado la noche anterior con los dos desconocidos agresores. Luego, llevó al cuarto de baño la jarra y el vaso, sujetándolos con el albornoz. Los vació, los lavó, puso una prudente cantidad de agua y volvió a dejarlos sobre la mesita de noche.

¿Cuánto tardarían en descubrir el cadáver? Quizá un par de días, ya que, cuando un huésped del hotel tiene la puerta cerrada, y su llave no está en la conserjería, significa que está dentro, y que, por supuesto, ni siquiera las mucamas pueden entrar. Sí... Quizá un par de días.

Y aquí estaba la pregunta: ¿habían corrido la misma suerte Emil Barneau y Glenn Skardon?

Era evidente que Gregorio Santos había tenido la puerta cerrada, con lo cual, se deducía fácilmente que Carol Appleton había utilizado también una ganzúa para entrar. Luego, al salir, se había llevado la llave, tras cerrar la puerta. O sea, que no quería que nadie viese el cadáver. ¿Había sido ella quien había envenenado el agua de Gregorio Santos?

¿Y quizá también había matado a Glenn Skardon y Emil Barneau?

Esto podía ser una solución respecto a la personalidad del personaje central,

U-235,

ya que, cuando había hablado con él la noche anterior, por medio de la radio, había comprendido sin lugar a dudas que aquella no era la voz normal de

U-235,

sino que la disfrazaba. Una voz seca, áspera... Como si tuviese en la boca algún aparato, que producía una voz más bien desagradable, neutra. Lo mismo podía ser un hombre que una mujer...

¿Era Carol Appleton el personaje llamado

U-235?

Y si así era, ¿qué planes eran los suyos?

Glenn Skardon y Emil Barneau ocupaban, respectivamente, las habitaciones 4 y 5. Un brevísimo vistazo a ellas podía darle una respuesta definitiva...

* * *

Fred Omaha entró en su habitación, todavía perplejo, desconcertado. Ni Barneau ni Skardon estaban en su habitación. Y ambas estaban en perfecto orden, las camas hechas.

El agente del FBI estuvo pensativo un par de minutos antes de entrar en rapidísima actividad. Se vistió, se colocó la funda dorsal con la pistola y abrió el doble fondo de su maleta, una vez más. Sacó un sobre y colocó dentro la nota escrita en la terraza, que aún no había destruido. Luego, colocó las huellas impresas en el papel transparente, de Gregorio Santos. Sacó el microfilme del encendedor y también lo metió en el sobre. Lo cerró y se lo guardó

en un bolsillo.

Accionó la radio.

—Wa-9 llamando.

—Adelante.

—Son las once y media. A las doce menos diez pasaré por el lugar convenido, en el coche alquilado, y tiraré un sobre al camino. Son datos de la máxima urgencia, más aún que los anteriores. Hacia las cinco volveré a pasar y recogeré el sobre. Estén atentos.

—De acuerdo. Respecto a los otros datos, llegó ya la respuesta.

—Escucho.

—Todos los nombres son desconocidos. Y también son desconocidos los dos hombres muertos. Ningún detalle sobre nadie, excepto sobre el llamado Glenn Skardon. Ese mismo nombre fue utilizado, hace dos años y medio, en

Hong-Kong,

por un agente del MI5. Eso es todo.

—Suficiente para confirmar mis teorías. ¿Algún mensaje de Washington?

—Ninguno.

Guardó la radio en la maleta y ésta en el armario. Medio minuto después, aparecía en el vestíbulo, tranquilo, reposado. Su rostro permaneció impasible, cuando, al entregar la llave en el *comptoir*, vio allí a Carol Appleton hablando con el conserje. Estaban hablando de coches... Carol Appleton quería alquilar un coche por medio del hotel...

—Precisamente, el señor Omaha alquiló uno anoche, también por mediación nuestra... ¿No es cierto, señor?

—¿Cómo? —se «sorprendió» Fred.

—La señorita Appleton quiere alquilar un coche, pero le decía que tendrá que ir a buscarlo a Sainte Rose, pues a esta hora no tenemos allá personal para traérselo. Hasta dentro de un par de horas.

Carol Appleton había recuperado un poco el color. Solamente un poco. Le llegaba a Omaha a las cejas, lo cual era una estatura admirable en una mujer.

—¿Va usted a Sainte Rose, señor Omaha? —musitó la muchacha.

—Pues... No. Precisamente, no.

—Habíamos pensado que usted sería tan amable de llevarla...

—Lo siento. Lo siento de veras. Voy en dirección opuesta al pueblo.

Carol Appleton recuperó el color. Y aún más, porque se sonrojó, de pronto, lo cual no dejó de hacerle gracia al G-man.

Y más que hacerle gracia, le sorprendió.

—Bien... —murmuró ella—. Perdóneme si...

—Por favor... Usted debe perdonarme a mí por no complacerla. Quizá en otra ocasión pueda servirle en algo. Sería un placer para mí, se lo aseguro.

—Sí... Muchas gracias, señor Omaha.

—De verdad que por nada. Hasta luego. Ah, no vendré a almorzar.

—Bien, señor Omaha.

CAPÍTULO V

Había llegado a Sainte Rose a las doce menos cinco, tras tirar el sobre al camino. Había almorzado a la una, había terminado tranquilamente a las dos, y hasta las cuatro y media estuvo tomando notas en el bar del restaurante. Notas cuyo único fruto fue ordenar todos los sucesos en su merite. Lo cual no era poco, aunque no diese un resultado definitivo.

A las cinco en punto pasaba por el lugar convenido. Detuvo el coche, se apeó y caminó hacia el señalador del cruce. Seis pasos más allá, alzó una piedra casi blanca, recogió el sobre y regresó al coche.

Otra nota brevísima:

«Llame por radio.

»*Prolon. S. J.*».

Quemó el sobre y la carta, aventó las cenizas y continuó hacia el hotel. Por supuesto, aquella vez sabían algo. De lo contrario, hubieran escrito solamente la palabra «NO» en el papel.

La primera persona que vio al entrar en el hotel fue Margarita Fajardo, que estaba sentada en un sillón, muy aburrida, desde luego, como parecía habitual en ella. Ahora no llevaba los *shorts*, sino una faldita muy corta y una blusa azulina. Casi se le podía ver el lunar en el muslo, por poco que alguien se lo propusiera.

—¡Fred! —Agitó una manita.

Omaha se acercó a ella, sonriendo. Se sentó en otro sillón, delante de la muchacha... Y en efecto: vio el lunar.

—Hola. Veo que todavía sigue ahí.

—¿Quién?

—El lunar.

—¿Sigue interesado por él?

—Mucho.

—Pues lo estaba esperando... Cosa que haré por última vez, Fred.

—Esta vez, nadie impedirá que demos un hermoso paseo.

—Tengo algo mejor —sonrió prometedoramente Margarita—. Estuve paseando esta mañana por los alrededores... ¿Qué diría que vi?

—Mmm... ¿Un marciano?

—Una cabaña. Está en un cafetal... Parece que nadie va allí casi nunca.

—Siempre me ha encantado pasear por los cafetales. Sobre todo, por los que tienen cabaña a la cual no va nadie casi nunca. ¿Puede perdonarme unos minutos?

—¿Otra vez? —protestó Margarita.

—El tiempo justo de cambiarme de ropa y de calzado. Me gusta estar cómodo. ¿Por qué no pide una botella de champaña, mientras tanto? Y, si le parece, me espera en el coche.

—¿Cinco minutos?

—Menos, menos... —rió Ornaba—. Cuatro y medio.

Se puso en pie, sonriendo, y fue al mostrador, a por la llave.

—¿Consiguió el coche la señorita Appleton?

—Sí, desde luego.

—¿Y se fue?

—No. Ella aún está durmiendo la siesta.

—Ah... Como no he visto ningún coche que...

—Está en el otro lado del hotel.

—Claro. Fue una lástima, ¿verdad?

—¿El qué, señor Omaha?

—Hombre, que no pudiera llevarla yo en el coche.

El joven conserje sonrió como quien está ante un pícaro simpático.

—Con su permiso, señor Omaha, yo creo que dos mujeres a la vez son demasiadas. Quiero decir, si están en el mismo hotel...

—Es cierto... —Parpadeó Fred—. Demonios, es cierto. Tendré que conformarme con una. ¿No es lamentable?

—¡Mucho! ¿Cómo van los negocios?

—Mañana o pasado empiezo. No olvido ese viaje a París, de veras. Pero me gusta hacer las cosas con calma. Primero, reconozco el terreno, lo estudio bien, y de pronto... ¡ataco!

Hizo un gesto de ataque de karate, cogió la llave y se dirigió a las escaleras, dejando al conserje pensando que muchos clientes como aquél, y el hotel resultaría infinitamente más divertido.

Todavía se habría divertido más si hubiera visto a Fred Omaha en su habitación, en calzoncillos y mirando, bien oculto, por una ventana, hacia el otro lado del hotel. Es decir, solamente hacia la esquina, ya que él estaba en los pares y Gregorio Santos en los impares. Pero la cosa estaba bien clara. Si el cadáver continuaba allí, la cosa no podía estar más clara. De todos modos, antes de salir de paseo con Margarita, echaría un vistazo al lugar donde estaba aparcado el auto alquilado por Carol Appleton. Y, por supuesto, regresaría al hotel antes de la noche, por muchos lunares que tuviera Margarita Fajardo.

Un vistazo a la terraza de la piscina le bastó para comprobar que ninguno de los personajes interesantes estaba allí. Solamente gente normal, pacífica. Y el que más pacífico parecía, era el holandés gordo. Aquel tipo lo estaba pasando bomba, desde luego...

Segundos después, todavía en calzoncillos, llamaba por la radio.

—Wa-nueve a prolongación San Juan.

—Recibimos. ¿Tiene la nota?

—Claro. ¿Qué sabemos?

—Gregorio Santos no se llama así. No es venezolano. Su verdadero nombre, según consta en los Archivos Centrales, es Grigori Zameyov. Ruso, naturalmente. Hasta hace unos tres años y medio fue un agente de la MVD, pero...

—¿Hasta hace tres años y medio?

—Sí. ¿Por qué?

—Por esas fechas robaron algo en Rusia: diez naranjas. ¿Qué pasó con Grigori Zameyov?

—Cayó en desgracia, según rumores de nuestros servicios en Europa. Y desapareció.

—¡Desapareció! ¿Qué quiere decir exactamente que «desapareció»?

—Que cayó en desgracia y no se volvió a hablar de él, ni a

verlo... Desapareció.

—¿Se... esfumó?

—También se puede decir así.

—Bien... Es bastante sorprendente. ¿Se supone algún motivo por el que cayó en desgracia?

—No. Pero desde Washington envían una sugerencia.

—A ver si es ésta: ¿tuvo Grigori Zameyov culpa en el asunto del robo de las diez naranjas?

—Ésa es la sugerencia de Washington, efectivamente.

—Bien... ¿Qué hay de la rubia y la pelirroja?

—Nada.

—Está bien... No podemos pretender tener en nuestros archivos a todos los espías del mundo. La cosa daría risa, entonces Lástima que el único que hemos identificado esté muerto. ¿Algo para mí?

—Nada.

—Pues hasta otra. Corto.

Guardó la radio y empezó a vestirse. Pantalones claros, «polo» de hilo negro, zapatillas blancas, deportivas... No le hacía ninguna gracia abandonar el hotel, a pesar de que tenía el convencimiento de que nada importante iba a suceder hasta la noche. Y para estar más seguro, y como quien no quiere la cosa, daría la vuelta al hotel con el coche, hasta localizar el de Carol Appleton. Eso haría, aunque Margarita le mirase sorprendida. ¿Para quién debía trabajar Margarita? ¿Y Carol Appleton? Casi estaba seguro de que la rubia y pecosa...

Bip-bip-bip-bip...

Asombroso. Le llamaba

U-235.

Sacó la radio del escondite que le había buscado, detrás del armario. Muy inocente, desde luego, pero los empleados de hotel no miran allí, y un espía la encontraría de todos modos.

—¿Qué hay?

—Soy U-doscientos treinta y cinco.

—No me diga... ¿Qué se le ofrece? ¿El cheque?

—Puedo esperar unas horas más... ¿Sabe que Margarita Fajardo está en su coche, señor Omaha?

—¿Con una botella de champaña?

—Sí.

—Entonces, es ella. ¿Por qué?

—¿Ella ha dicho algo de ir a una choza?

—En un cafetal, sí... ¿Cómo lo sabe?

—La he visto en diversas ocasiones dirigirse a esa choza. No entre allí, señor Omaha. Mejor dicho: mate a Margarita Fajardo.

—¿Por qué motivo?

—Simple: si no la mata usted a ella, ella le matará a usted, como ha hecho ya con Emil Barneau y Glenn Skardon.

—¿Qué papel juega...?

La comunicación se había cortado.

CAPÍTULO VI

—Han sido casi seis minutos, Fred.

—Lo siento. No me salía bien la raya del peinado.

—¡Tú no llevas raya!

—¿No? ¿De veras? —El

G-man

se llevó las manos a la cabeza, con expresión desconsolada—. ¡Ya la he vuelto a olvidar!

Margarita se echó a reír. Lo estaba pasando muy bien con Fred Omaha, según parecía.

—Me parece que nunca podré enfadarme contigo, Fred. Y, en realidad, ¿qué más da que hayan sido cinco, seis o diez minutos?

—Eso digo yo: ¿qué más da? Ahora, vamos volando a ese cafetal. ¿Todavía llevas el lunar?

—Míralo...

—Ejem... Es cierto: lo llevas. De manera que vamos a salir a cien millas por hora hacia ese cafetal...

—No tan de prisa. El camino no permite ni siquiera las treinta millas por hora. Yo creo que es mejor llegar un poquito tarde que quedarnos a mitad del camino.

—Es que si no hay luz no podré ver bien el lunar.

—¿Acaso no lo ves bien ahora?

—Pero no lo toco. Y hablando de eso: veamos si es...

Margarita Fajardo dio un golpecito en la mano de Omaha.

—Fred, por favor —susurró—: estamos todavía en el hotel.

—¿En qué hotel, dónde, qué...?

—¡Anda, vámonos! —rió ella, una vez más.

El agente del FBI puso el coche en marcha. Y, en efecto, dio la vuelta al hotel, dentro del recinto. Por tanto, vio el coche con el

distintivo de la casa de alquiler que llevaba el suyo. Un coche con berlina, muy alargado, de color negro. Muy apropiado, ciertamente.

—Fred, ¿qué estás haciendo?

—¿No vamos a un cafetal?

—¡Pero hemos de salir del hotel...!

—Es que olía a café por aquí...

El coche salió del recinto del hotel, llevando dentro a un sonriente rubiales que sentía dolor en la boca de tanto hacer el payaso, y a una morena estupenda que parecía no cansarse de reír. Apenas fuera de los terrenos del

L'Etoile,

Margarita fue dando indicaciones del camino a seguir. Un camino simpático, quizá un poco polvoriento, pero rodeado y bordeado de palmeras, casi paralelo al mar. En el cielo se veía el azul pálido, salpicado de pequeñas nubes blanquecinas. Y diminutas manchas aún más blancas, que se desplazaban lentamente. Gaviotas. Luego, se veía la playa, azul, verde, blanca... La arena parecía dorada, y marrón a veces.

Unos diez minutos más tarde, Margarita alzó una mano, y el auto se detuvo, en una pequeña elevación del terreno, apenas perceptible, pero que permitía ver abajo, con toda claridad, una choza de adobes, madera y paja, rodeada de un extenso cafetal.

—¿Es aquélla?

—Sí.

—Parece simpática. Pero me pregunto, Margarita, si querías darme un anticipo.

—Un anticipo... ¿de qué?

—De tu amor.

Ella lanzó una risita. De pronto, rodeó el cuello del agente del FBI con sus finos bracitos morenos y hundió los labios en los de él, lentamente, mientras los deditos acariciaban los pequeños rizos en la nuca del federal.

—Me pregunto —murmuró luego Margarita, roncamente— por qué has de pedir anticipos de algo que puedes tener inmediatamente.

—Es una vieja costumbre, que adquirí de muchacho, cuando me contrataron para engrasar las máquinas de una fábrica. Luego, resultó que la fábrica se fue a pique, y después de haber engrasado

unas doscientas máquinas cobré quince dólares. Me dije que eso jamás volvería a suceder. De manera que ahora, siempre que alguien me contrata, le pido un anticipo.

—Pero no pides demasiado.

—Depende. Si me prometen veinticinco mil al año, pido cinco mil de anticipo. Si me prometen un lunar, pido un beso. Cada uno hace las cuentas a su manera.

—Por favor, Fred, no me hagas reír más...

—Es cierto... —Torció los labios el

G-man

—. La vida es tan absolutamente tonta, que uno hasta se cansa de reír, y de sonreír. Por ejemplo, aquí me tienes a mí, que soy un tipo serio, sonriendo en todo momento como si fuese un estúpido.

—¿Un tipo serio?

—Ajá. No bebo jamás..., a menos que me vea obligado a ello. Fumo ocho o diez cigarrillos al día, como máximo. Suelo comer muy poco, no me gusta trasnochar a menos que se me obligue, y cada vez que sonrío es como si me diesen una patada en la barriga. En cuanto a mujeres, yo considero que ese asunto es tan serio que el que sonrío con una mujer al lado, o está tonto, o va camino de estarlo.

—Fred, no te entiendo...

—Verás... Hay dos clases de mujeres. Una es para divertirse con ella. Ellas ríen, hacen la loca, dan saltitos, parecen memas... Lo hacen por capricho o por unos cuantos dólares. No me interesan. Luego, está la otra clase de mujeres, que se toman las cosas en serio. Para ir con una de esas chicas a una cabaña de un cafetal, la cosa tiene que ser muy seria. Pero sucede que si es tan seria, ellas van y le dicen a uno que si quieren eso, pues nada, que hay que casarse. Ésas, tampoco me interesan.

—Pues yo diría que no te interesa ninguna clase de mujer.

—Bueno... Eso no es exacto, Margarita. Hay una clase de mujer que siempre me ha interesado. Muchas veces me he preguntado qué clase de mentalidad tiene esa mujer que a mí me interesa. ¿Es embustera, es tonta, es lista, es mala, es buena...? Porque, a decir verdad, siempre me resulta un poco desconcertante. En el mismo terreno, el hombre suele ser siempre más claro, más... diáfano. Ves a un hombre, lo estudias un poco, y sabes a qué atenerte. Pero con

esa clase de mujer, no. Sabes, naturalmente, que ella está buscando algo. Pero... ¿qué busca?

—No te entiendo ni una palabra. Vamos a la choza y allí...

—Espera, espera... Quisiera antes que entendieras mi teoría: si yo quiero algo, voy a por ello. Pero un observador que sepa más o menos las mismas cosas que yo, se da cuenta. Pero si quien hace eso es una mujer, siempre produce desconcierto. Porque el hombre tiene unos caminos trillados, marcados. La mujer siempre tiene alguna diferencia, algún pequeño detalle que la distingue.

—Fred, ¿has bebido algo en tu habitación?

—No. Pero algo me alertó. Y la cosa quedó así: o matas, o te matan. ¿Qué harías tú? ¿Matar o dejarte matar?

—Pero...

—¿Tú matarías?

—Fred, por favor...

—¿Tú matarías?

—¡Claro que no!

Fred Omaha sonrió. Y lo hizo espontáneamente, sin sentirse obligado a ello. Sólo que, por tanto, su sonrisa fue seca, dura, fría... La sonrisa del hombre implacable que sólo tiene un objetivo en la vida: cumplir con su deber.

—Yo sí. Y para que no creas que es una broma, mira esto.

Alzó el negro jersey de hilo, dejando al descubierto la funda dorsal, con la pistola en ella. Margarita Fajardo palideció, y su mirada buscó los grises ojos del federal.

—No..., no pareces el mismo hombre...

—Soy un embustero. Detesto las chicas morenas, el champaña, el *whisky* y la mentira. Seguramente por eso me alisté en el FBI. Al principio, me dieron algunos pequeños trabajos... de rutina. Sí, de rutina. Fue durante un año. Luego, un inspector-jefe, de Nueva Orleans, se fijó en mí, y escribió a Washington. A los quince días, yo recibía una citación en la Central. Adivina quién habló conmigo.

—No..., no sé...

—Hoover. John Edgar Hoover. ¿Sabes quién es?

—Sí... Sí, desde luego.

—Pues me dijo: «Omaha, tengo muy buenas referencias de usted. A partir de ahora, pasará al grupo especial de espionaje y contraespionaje, a las órdenes superiores de Clarence Hadaway...».

¿Sabes quién es Clarence Hadaway?

—No...

—Un tipo así como yo, pero más guapo, de cabellos color cobre y ojos oscuros como fuego viejo. Tiene treinta y pocos años, y si hay algo en la vida que no pueda ocurrir, es que alguien le engañe. No sé cómo demonios se las arregla, pero así están las cosas. Clarence me tomó por su cuenta, me dio algunas lecciones, y un día se aburrió. «Fred —me dijo—: tú no necesitas a un tipo como yo contándote cuentos chinos. De manera que te voy a enviar a Washington directamente, y ya te las arreglarás cuando te metan en un lío. Eres listo y tienes suerte... ¿Qué más puede pedir un hombre?». Eso me dijo Clarence. Y desde entonces, pues voy pasando esta triste vida degollando algún que otro espía... Del asunto de maquinaria para caña de azúcar y todo ese tinglado, nada. Sucias mentiras del espionaje, Margarita.

—Yo... no sé..., no sé qué decir...

—¿Ni siquiera sabiendo que soy un agente especial del contraespionaje del FBI?

—No.

—¿Ni siquiera si yo te digo que en esa cabaña están muertos dos hombres llamados Emil Barneau y Glenn Skardon? Creo...

Margarita Fajardo lanzó un grito apenas contenido. Sus ojos estaban dilatados por el miedo, que la llenaba de sorpresa. Pero eso no le impidió lanzar su mano hacia la pistola que se veía en la funda del

G-man,

ya que éste había dejado alzado su jersey, y empujar aquel arma era absurdamente fácil.

Absurdamente, desde luego.

Margarita Fajardo la sacó de la funda de un tirón, y empezó a apretar el gatillo, con la boca del arma pegada al estómago del federal, que permaneció inmóvil, como fastidiado. Cuando la muchacha se dio cuenta de la realidad, el agente del FBI la miró con claro disgusto.

—¿Tan tonto parezco? —Gruñó—. Es natural que mi juego sea mejor que el tuyo, Margarita. A fin de cuentas, yo llevaba ventaja.

Metió la mano en un bolsillo y sacó el cargador de la pistola, mostrándolo en la palma. Tras un segundo de furioso silencio,

Margarita alzó la pistola, dispuesta a golpear con ella la cara del agente del FBI. Pero éste sujetó en alto su mano, y de un tirón aparentemente suave, pero que casi rompió los dedos de la cubana, le quitó la pistola.

Sin alterarse lo más mínimo, metió el cargador por la base de la culata, de un seco golpe. Y mientras él hacía esto, Margarita quiso salir del coche. El

G-man

se dio el lujo de guardar su pistola en la funda dorsal, aparentemente sin prisas... Pera su mano derecha llegó a tiempo de sujetar a la morena por los largos cabellos, sentándola de nuevo junto a él, de un tirón muy poco amable. Margarita intentó esgrimir las uñas... Pero una violentísima bofetada en pleno rostro le hundió la cabeza en el respaldo del coche y le llenó de zumbidos sus orejitas. Quiso moverse, pero la mano del federal la mantuvo pegada al asiento, tirando de sus cabellos hacia atrás.

—Margarita, Margarita, por favor... Sé buena...

—¡Puerco!

—Puerca —sonrió el

G-man.

Y le dio un suave golpecito en la base de la garganta con el canto de la mano izquierda. Margarita Fajardo se crispó, pareció a punto de enderezarse. Pero sólo fue un intento; inmediatamente, quedó desvanecida en el asiento del coche.

—Creo que me merezco un cigarrillo —murmuró Omaha.

Lo encendió, y se quedó mirando la choza, entre las plantas de café. Por supuesto, estaba clarísimo que Margarita había querido llevarlo a una encerrona. Sin duda, la misma en la que habían caído Emil Barneau y Glenn Skardon. Posiblemente, él era un poco más correoso, más desconfiado, pero se preguntó qué habría sucedido sin la comunicación radial de

U-235.

La deducción era fácil:

U-235

le había ayudado. Luego había otra deducción igualmente fácil:

U-235

no le había ayudado por simpatía personal, sino porque no quería que Margarita Fajardo se saliera con la suya.

En verdad que la cosa no estaba demasiado clara.

Tras un par de minutos de mirar hacia la choza pensativamente, el agente del FBI volvió su mirada a Margarita Fajardo. Una solución simple, sencilla, habría sido estrangularla, y peligro eliminado. Pero la clase de tipos que estrangulan a una mujer, aunque ésta haya querido matarlos, no suelen pertenecer al FBI.

En cambio, sí hay agentes del FBI capaz de robarle la falda a una señorita.

Y eso fue lo que hizo Fred Omaha. Le quitó la falda a Margarita Fajardo, la convirtió en tiras, probó su solidez y luego ató con ellas a la cubana... ¿O no era cubana? Cualquiera sabía. La dejó bien atada, dio unos cuantos tirones a los nudos, y se dijo que si quería soltarse necesitaría por lo menos una hora. Quizá dos. Y con una hora, él tenía tiempo de descubrir América otra vez.

De pronto, se quedó mirando el lunar. Sus cejas se juntaron y una expresión reflexiva apareció en su rostro. Con un dedo tocó el lunar, y luego lo rascó con una uña, delicadamente.

—Pues es auténtico, qué demonios...

Y luego se apeó, y se dijo que sería interesante revisar la choza del cafetal.

CAPÍTULO VII

Se detuvo a unas veinte yardas de la choza, escondido en la plantación de café. Parecía que allí dentro no había nadie, pero eso era lo mismo que pensar que en el mar no hay ballenas porque no están en las playas tomando el sol, y no se ven.

Se deslizó tan sigilosamente como si supiera que lo estaban mirando una docena de enemigos. De este modo, llegó a aquella ventana, que era un simple hueco en la pared de troncos y adobe... El olor de tabaco llegó hasta su nariz, que tan útil le estaba resultando. No del tabaco de la plantación, sino de tabaco en plena cremación: alguien estaba fumando allí dentro. Y cigarrillo americano, por más señas.

Sacó la pistola, se incorporó, y asomó medio cuerpo por la ventana.

No dijo nada. Ni una palabra.

El hombre que estaba sentado en una silla de paja alzó la cabeza, lo miró, y sus ojos se dilataron. Estaba en mangas de camisa, y se veía su funda, con la pistola en ella. Fred Omaha le llamó, moviendo el índice de la mano izquierda, y el hombre se puso en pie, como un autómatas. Se detuvo a tres pasos.

—Más cerca. Y dé la vuelta.

El hombre obedeció; se acercó más, dio media vuelta, y el agente del FBI le quitó suavemente la pistola.

—Vaya hacia el frente, muy despacio.

El otro obedeció, y el

G-man,

tras tirar la pistola sobre uno de sus hombros, hacia el cafetal, pasó una pierna por el alféizar natural, tras un agilísimo salto que pareció juego de niños. Entró en la choza. El hombre se había

detenido. A su izquierda, tendido en el suelo, había otro hombre... Estaba tendido de lado, con la cara y el pecho llenos de sangre, desgarradas las ropas... Lo miraba fijamente, casi desorbitados los ojos, que expresaban un gran anhelo.

—¿Es usted Skardon? —Se estremeció Omaha, porque apenas podía reconocerlo.

—Sí... Mátelos... ¡Mátelos!

—Esperaremos un poco. Usted, siga caminando hacia la pared del fondo.

El hombre obedeció, lentamente. Se apoyó en la silla. Luego, en la mesa de tablas... Al mismo tiempo que su mano se movía hacia el cuchillo que brillaba entre restos de comida, la mirada gris de Fred Omaha veía el arma blanca, y su mano armada se movía ominosamente.

—No sea...

El hombre se estaba volviendo ya, con fulgurante rapidez. Lanzó el cuchillo al mismo tiempo que el

G-man

apretaba el gatillo de su silenciosa pistola. Se oyó un apagado «plop», un silbido agudo, y el choque vibrante del acero al hundirse en la madera...

Fred Omaha quedó inmóvil, con el cuchillo vibrando a tres pulgadas de su cara, a la izquierda, clavado en uno de los troncos que enmarcaban la ventana. El otro se quedó también inmóvil un par de segundos. De pronto, se encogió, llevándose las manos al pecho... Los dedos se clavaron allí, rasgando la ropa... Pero la bala estaba mucho más adentro de lo que podían alcanzar los dedos... Dio un paso hacia delante, otro... Al mismo tiempo que caía de bruces al suelo, un fino hilillo de sangre salía por un lado de su boca.

Quedó encogido sobre el piso de tierra, con la cabeza ladeada, los ojos abiertos... Fred Omaha se le acercó, ceñudo; le pasó un pie bajo un sobaco y lo movió. Los ojos permanecieron fijos, vidriosos. Se acuclilló, le cogió una muñeca y estuvo unos segundos buscando un pulso que ya no latía. Glenn Skardon, tendido en el suelo, lleno el rostro de costras negras, lo miraba con los ojos muy brillantes.

—¿Está muerto? —preguntó, con voz crispada.

—Sí.

—¡Me alegro! Se llamaba Luigi... ¿Quiere desatarme?

El

G-man

se incorporó. Dio una vuelta por la choza, que no contenía nada de interés. Luego, como si Glenn Skardon no existiera, salió de allí, desoyendo las llamadas del británico.

Regresó diez minutos después, con el cuerpo de Margarita Fajardo sobre un hombro. Lo dejó caer en el suelo, cerca de Skardon, que dijo algo feo y pareció a punto de escupir a la cubana.

Omaha le miró, inexpresivamente. Luego, cogió una azada que había en un rincón de la choza y empezó a cavar en el sitio que antes le había llamado la atención... Lo primero que vio fue una mano. Luego, la otra. Las dos estaban cruzadas sobre el vientre del muerto... Cinco minutos más tarde, el cadáver enterrado en la choza estaba al descubierto, y Omaha lo sacó del hueco, dejándolo en el centro de la choza.

—¿Es Emil Barneau? —musitó.

—Sí...

—¿Lo conocía usted, Skardon?

—Lo vi una vez, en el hotel, la noche que llegué... Anteanoche.

—¿Llegó a Sainte Rose citado por U-doscientos treinta y cinco?

—Sí... ¿Quién es usted?

—FBI.

—¿Y la CIA?

—De vacaciones... —sonrió el

G-man

—. ¿Qué le ha pasado?

—Adivínelo.

—Yo diría que le han estado... haciendo pasar un mal rato. ¿Qué es lo que querían saber esta gente? No sea remiso conmigo, Skardon: sé que pertenece al MI5, y vi su anillo anoche. Un anillo igual que el que enviaron a Washington. Yo tengo ese otro anillo. De modo que supongo que estamos en esta isla por el mismo motivo. ¿Era ese motivo lo que querían saber Margarita Fajardo y este tipo?

—Había dos más anoche... Y eso es lo que querían saber.

—Dos más... Comprendo. ¿Cómo se llamaban?

—Gorka y Prado.

—Ahora están muertos, y enterrados de cualquier manera en la arena. Imagino que... Claro, Margarita quiso llevarme a pasear por la playa para que me atrapasen, y traerme aquí. A pesar de su aparente disgusto cuando la dejé sola, la verdad es que debió alegrarse, ya que sabía que Gorka y Prado me estaban esperando... ¿Cómo llegó usted aquí?

—Ella me citó.

—¿Margarita Fajardo?

—Sí... Me dio la impresión de que sabía algo del asunto. Y me mostró un anillo igual que el mío...

—El de Barneau. ¿Qué clase de cita le dio?

—Dijo que era importante, que tenía que esperarla en la playa. Gorka y Prado me apresaron, y me trajeron aquí...

—El MI5 está en decadencia —sonrió secamente Omaha—. Supongo que con Emil Barneau debió pasar algo parecido. Sólo que a él lo mataron sin torturarlo, según parece. Yo diría que aún no habían comprendido la importancia del asunto. Eso quiere decir que Margarita y sus tres amigos ya muertos no sabían muy bien de qué se trataba. Esto quiere decir que no están relacionados con U-doscientos treinta y cinco. Cada vez me siento más interesado en esto. Vamos a ver si nos enteramos de algo definitivo.

Cogió a Margarita por los brazos, la sentó en una silla y le dio un par de cachetes más bien fuertes. Ella respingó, y su cabeza se irguió...

—¿Es que no piensa desatarme? —musitó Skardon.

—Por el momento, no. Lo lamento, Skardon. Y estoy seguro de que usted se hace cargo de mi actitud... ¿Qué tal, Margarita?

La muchacha le estaba mirando fijamente, turbios los ojos, brillantes de odio. Omaha encendió un cigarrillo, dio un par de chupadas, pensativamente, y luego lo colocó entre los labios de Margarita.

—Empezaremos la sesión por el sistema amable. No cuesta nada. Luego, según vayan las confidencias, podemos ir empeorando las cosas... Para eso, siempre hay tiempo. ¿Sólo erais cuatro? Me refiero a Luigi, Gorka, Prado y tú. A los tres amiguitas, te los he matado. Quedas tú, de modo que deberás darme una explicación.

—Puerco.

Fred Omaha se quedó mirando seriamente a la muchacha. Sin

decir palabra, fue hacia la ventana, arrancó el cuchillo de la pared y se quedó mirando la punta y el filo unos segundos. Luego, regresó junto a Margarita, pareció vacilar y, por fin, apoyó la punta del cuchillo en un costado de la cubana, que sonrió despectivamente, dando a entender que no creía a Omaha capaz de aquello.

Todos nos equivocamos alguna vez.

Omaha apretó el cuchillo contra la carne femenina, y la punta se hundió media pulgada en el costado. Margarita Fajardo palideció intensamente, y su boca se abrió expresando espanto, dolor... Ni siquiera había podido recuperar el aire cuando el acero se hundió un cuarto de pulgada más...

El agente del FBI retiró el acero, de pronto, y se quedó mirando las orejas de la cubana. Tras una breve vacilación, eligió la izquierda. La sujetó con dos dedos, la separó de los cabellos, y la mano derecha llevó el cuchillo hasta allí...

—¡No! ¡Nooo...!

—¡Córtesela! —rió Skardon, tosiendo a la vez—. ¡Será un favor que tendré que agradecerle personalmente! ¡Córtele la oreja!

—¡No! —volvió a chillar Margarita—. ¡No!

—Yo soy imparcial —murmuró amablemente Omaha—. Por tanto, haré caso a quien me dé motivos para agradecerle algo.

—Te lo diré... ¡Te lo diré! —gritó Margarita.

—De prisa y bien. Sin parar. Uno, dos, tres... ¡Ya!

—Llegué a Sainte Rose siguiendo a Emil Barneau, porque tenía la impresión de que él me estaba vigilando, y que al venir aquí estaba preparado algo contra mí. Supe que no, pero ya tenía que matarlo... Entre otras cosas, llevaba un anillo de marfil, igual que el tuyo, igual que el de Glenn Skardon... Cuando ayer por la mañana vi el de Skardon, comprendí que era una contraseña, y lo cité... Quería que me dijese qué estaba ocurriendo aquí...

—¿Por qué ese interés? ¿Para quién trabajas?

—Para una organización privada de espionaje internacional.

—Sopla... —musitó Omaha—. Esto es interesante. Creías que Emil Barneau se había fijado en ti, y... Entiendo, entiendo. Pero él vino aquí a otra cosa. Tú creías que era algo contra ti, viniste tras él con tus amigos, y lo matasteis. Luego, viste el anillo de Glenn Skardon, y comprendiste que la cosa era seria. Y como estás trabajando para esos... particulares del espionaje internacional,

pensaste que sería buena cosa enterarse de todo. De modo que hiciste atrapar a Skardon, lo trajiste aquí y quisiste también que tus amigos me trajeran a mí, ya que viste un anillo igual en mi mano. ¿Sí?

—Sí.

—Entonces, tú no tienes nada que ver con U-doscientos treinta y cinco, ni con los agentes de diversos países que hemos sido citados en el hotel

L'Etoile.

—No sé nada de eso...

—Pero es lo que querías saber. Lo comprendo. Te has metido en esto por la casualidad que significó el hecho de seguir a Emil Barneau, y nos has estado fastidiando a todos. De todos modos, algo tenemos que agradecerte, ya que has tenido desconcertado a U-doscientos treinta y cinco. Tanto, que me avisó esta tarde, en mi habitación, de que tú me ibas a traer a esta choza para matarme. Sí... Un detalle amable de su parte. Es fácil comprender, de todos modos, que no todo es amabilidad pura y simple. U-doscientos treinta y cinco quiere que todos nosotros, los que fuimos citados aquí, estemos en condiciones de pagar el importe de sus... «naranjas». Por eso me ha ayudado a mí, y me ha aconsejado que te mate. Lo cual, sin duda, te mereces. ¿Tú envenenaste a Gregorio Santos?

—¡No!

—Entonces, fue U-doscientos treinta y cinco —susurró Omaha—. Pero me pregunto por qué. U-doscientos treinta y cinco sabía que si yo venía a esta choza bien prevenido, no sólo salvaría mi vida, sino la de Skardon y Barneau, si es que aún estaban vivos. Los motivos de tanta bondad son simples: quería que le entregásemos nuestros cheques contra un Banco de Suiza... ¿De acuerdo, Skardon?

—Sí...

—¿Cuál es el importe de su cheque?

—Un millón de libras.

—No está mal... Haciendo cálculos aproximados, supongo que al Deuxième Bureau debió pedirle unos diez millones de francos nuevos, y a la MVD alrededor de cinco millones de rublos. El total oscila cerca de los diez millones de dólares. Pero resulta que Margarita y sus amigos llegan aquí siguiendo a Barneau, huelen

algo, le quitan el cheque y lo matan. Luego, lo apresan a usted. Y también le quitan el cheque. Luego, quieren hacer lo mismo conmigo... y quitarme también el cheque. Lo cual no es del agrado de U-doscientos treinta y cinco, que me utiliza a mí para arreglar estos asuntos. Espera que yo liquide a la entrometida Margarita, recupere los cheques... Y luego me los pedirá todos. Y como a mí no va a importarme demasiado dar dinero ajeno, le daré los cheques de Barneau, de Skardon, el mío... Perfecto. Es decir, casi perfecto, ya que, según parece, U-doscientos treinta y cinco quiere que nosotros, os citados aquí, conservemos la vida para pagarle. Entonces, ¿por qué matar a uno de los posiblemente citados, a Grigori Zameyov, que se hace llamar Gregorio Santos en el hotel, en la isla? ¿Por qué?

—Usted sabe más que yo —gruñó Skardon.

—Pero no todo... ¿Tienes los cheques, Margarita?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el grifo del lavabo de mi cuarto de baño.

—Buen sitio. Los recuperaré. ¿Por qué has tenido que mezclarte en esto? Has complicado la vida a todo el mundo. Si tú no hubieses venido, nosotros habríamos entregado ya los cheques, y...

—Y U-doscientos treinta y cinco se habría largado con todos ellos y no nos habría entregado su... mercancía a ninguno —masculló Skardon.

—Exactamente —sonrió gélidamente el agente del FBI—. Eso quiere decir que, después de todo, U-doscientos treinta y cinco está jugando sucio, y que, en parte, debemos estarle agradecidos a Margarita, ya que, al ir quedándose con los cheques, ha impedido que U-doscientos treinta y cinco abandone la isla, ya que espera conseguirlos... por mediación mía. Me está utilizando. Yo recupero los cheques, se los entrego todos con la esperanza de ser el favorecido en la adjudicación de la mercancía..., y él... o ella, desaparece. O sea, que U-doscientos treinta y cinco está esperando ahora mi regreso con los cheques. Mientras tanto, tiene la esperanza de que el MI5 ha quedado eliminado, así como el Deuxième Bureau. También la MVD, representada por Gregorio Santos. Ella recoge los cheques y desaparece. Soberbio. Magnífico de verdad. ¿Por qué no admitirlo?

—¿Me desata o no? —pidió Skardon.

—Lo lamento, Skardon, no. Le diré lo que voy a hacer: iré al hotel, recogeré los cheques de usted y Barneau en el grifo del cuarto de baño de Margarita... y esperaré instrucciones de U-doscientos treinta y cinco. Con un poco de suerte, quizá le dé una sorpresa. Desagradable, naturalmente. Todo está claro, excepto una cosa: ¿por qué matar a Grigori Zameyov? La única respuesta que se me ocurre, por el momento, es que U-doscientos treinta y cinco tiene ya su cheque de cinco millones de rublos. Ahora, debe estar esperando mi regreso al hotel para pedirme los otros tres cheques. Y como, al parecer, sólo yo quedará vivo ante U-doscientos treinta y cinco, recompensará mis... servicios entregándome la mercancía... ¿Está de acuerdo, Skardon?

—Sí.

—Entonces, voy a regresar al hotel.

—¿Y nosotros? ¿Y yo?

—Se quedarán aquí. Pero alegren esas caras: voy a dejarlos vivos a los dos. Si logro solucionar el asunto, volveré a preguntarle a Margarita para quién trabaja exactamente, y a soltarlo a usted, Skardon. Si no vuelvo..., allá se las arreglen los dos.

—¡No puede dejarme aquí! —estalló el hombre del MI5.

—¿Por qué no?

—Estoy herido, me han torturado...

—Usted es un hombre fuerte. Resistirá esto y otras muchas cosas, lo sé bien. Me ocurrió algo parecido una vez, hace tres años, en Santo Domingo... Estas cosas se olvidan, Skardon. Pero compéndalo, esto no es un juego de niños, sino un éxito o un fracaso en la obtención de algo muy importante.

El británico apretó los labios, dispuesto a no suplicar más, cosa que, al parecer, no iba con su temperamento. Margarita intentó una burdísima comedia amorosa con el agente del FBI. Pero Omaha estaba impaciente por marcharse, y no tenía ganas de tonterías. De modo que la hizo callar de una violentísima bofetada que la derribó, con silla y todo, sin alterarse lo más mínimo. Desenrolló una cuerda sólida y larga, y con el cuchillo la partió en dos. Ató más fuertemente a Margarita y al británico, y con un trozo de la misma áspera cuerda, los amordazó, lastimándoles la boca sin miramiento de ninguna clase, pero tampoco con crueldad. Simplemente, tenía que hacer un trabajo, y quería tomar sus

medidas de seguridad. El único personaje que parecía contar ahora era

U-235.

Y él no era de los que rehuían los encuentros interesantes.

Cinco minutos después regresaba hacia el hotel, pistola al sobaco, fruncido el ceño y pensando, cada vez más convencido, que

U-235

había ofrecido a varios países una mercancía de la que no disponía ni había dispuesto jamás.

CAPÍTULO VIII

Ya en su habitación, Fred Omaha escribió una brevísima nota, que dejó sobre la cama. Luego, tranquilamente, se cambió de ropa, dispuesto a bajar al comedor-terraza como si nada estuviese ocurriendo. Todavía faltaba casi media hora para que fuese de noche, y él pensaba aprovechar bien aquel tiempo. Es decir, si encontraba la colaboración que esperaba. Todo dependía del resultado de aquella nota.

Como quiera que el hotel

L'Etoile,

sin ser de extra lujo, era elegante, el

G-man

se puso el *smoking* de chaqueta blanca. En ningún momento un espía de su categoría podía perder los nervios ni la compostura...

Estaba anudándose el lazo cuando oyó una vez más el «bip-bip-bip» de llamada de la radio que le había dejado

U-235

en su habitación.

—¿Sí?

—Señor Omaha, ¿cómo han ido las cosas?

—Imagínese. Yo estoy aquí, y Margarita Fajardo no está... ¿Le sugiere eso algo?

—¿La ha matado?

—Usted conoce la cabaña... ¿Por qué no va a convencerse?

—Señor Omaha...

—Señor U-doscientos treinta y cinco: sé muy bien lo que usted quiere. Y también sé lo que quiero yo. Voy a proponerle un trato justo para los dos.

—¿Qué trato?

—Tengo en mi billetera un cheque por dos millones de dólares, extendido de acuerdo a sus indicaciones. Se lo voy a dar ahora mismo, si quiere. Y usted me dirá dónde está el uranio.

—¿Y los cheques de los demás?

—Ésa es parte del trato. Yo le entrego mi cheque ahora, usted me dice dónde está el uranio, y si eso es cierto, por mi parte no habrá inconveniente en que usted se quede con los cheques de los demás.

—¿Los tiene usted?

—Naturalmente. E insisto en mi trato: le entrego ahora mismo mi cheque, usted me dice dónde está el uranio, yo lo recojo, y le doy los otros cheques. ¿Qué contesta?

—Acepto.

—Magnífico. ¿Dónde nos vemos?

—En el cañizal del campo de golf... ¿Sabe dónde está?

—No juego al golf.

—Entre los agujeros ocho y nueve, trace una línea recta, mirando hacia el Este; verá usted el cañizal alto, que ha dado un disgusto a más de un jugador de golf, al perder la pelota allí. Hay también un par de sauces, o tres.

—Bien. Estaré allí dentro de cinco minutos.

—Dentro de media hora, señor Omaha. Se detendrá antes de entrar en el cañizal, se quitará la chaqueta, si es que lleva, y dejará la pistola sobre ella, en el suelo, de modo bien visible...

—No sea estúpido —gruñó Omaha—. No me las voy a dar de listo estando en juego diez cargas de uranio que valen mucho más de dos millones de dólares.

—Hará lo que yo le he dicho, señor Omaha, o no hay trato.

—Lo haré. Dentro de media hora, en el cañizal.

Guardó la radio, acabó de anudarse el lazo y guardó la nota dentro de un sobre, que se metió en un bolsillo.

Un minuto más tarde estaba en el bar interior del hotel, con vistas a la terraza de la piscina y la playa. Para «quedar bien» pidió un martini doble y aceitunas. Desde el taburete veía a Carol Appleton sentada a una mesita de la terraza. Parecía tensa, cansada, seguramente de aquella paciencia que estaba derrochando. Parecía que no se había movido de allí desde que Omaha la viera por última vez. En verdad que la muchacha también tenía buenos nervios.

El camarero se inclinó solícito a una señal del G-man.

—¿Diga, señor Omaha?

—¿Quiere hacerme un favor?

—Por supuesto, señor.

—Dentro de media hora entregará esta nota a la señorita Appleton. ¿La conoce? —El camarero miró hacia la terraza y Omaha sonrió—. Exactamente, ésa es ella. Dentro de media hora, recuerde.

—Lo haré con gusto, señor Omaha.

—Muy amable.

Le entregó el sobre y un billete de diez dólares, que hizo sonreír alegremente al camarero.

—Muchas gracias, señor Omaha.

—De nada. Ah, un detalle: no deberá decirle a la señorita Appleton quién le envía la nota. Bajo ningún pretexto le dirá quién es la persona que se la envía. ¿Cuento con ello?

—Desde luego, señor. Apuesto a que está usted tramando alguna broma.

—¿Cómo lo ha adivinado? —Se maravilló Fred.

* * *

Apenas oscurecido, y en punto a la hora convenida, Fred Omaha se detuvo a un lado del cañizal. No se veía a nadie por allí, posiblemente porque era la hora de la cena. Lo cual, naturalmente, había sido calculado por

U-235,

así como la oscuridad.

Se quitó la blanca chaqueta. Luego, ostensiblemente, sacó la pistola de la funda y la dejó sobre la prenda de vestir. Por fin, en mangas de camisa, se adentró hacia el cañizal, cuya altura media casi le ocultaba completamente. Hacia el centro, se recortaban en el cielo las siluetas de los sauces mencionados por

U-235...

—Ya no camine más, señor Omaha. Y no se vuelva.

El

G-man,

a riesgo de recibir un balazo, se volvió, lentamente.

—¡Le digo que...!

—No sea estúpido. Usted no va a disparar contra mí, U-doscientos treinta y cinco... Puede que se decida, pero eso le costaría mucho dinero.

Se quedó contemplando al hombre. Apenas una sombra, pero podía distinguirlo medianamente. Llevaba una gorra de yachtman, que debía ser azul completamente. Y un chaquetón marino, también azul. Brillaban los cristales oscuros de los lentes, y su rostro se ensanchaba por la frondosa barba.

—Ha corrido un gran riesgo, señor Omaha —dijo la seca y áspera voz—. Podía haberlo matado y haber ido yo mismo a buscar esos cheques. Como usted bien dice, sé dónde está esa cabaña.

—Pero no se arriesgará a ir solo allá. Y tengo la impresión de que está solo, sin ayuda.

—¿Eso cree?

—Estoy convencido de ello. Cuando se dispone de ayuda, señor U-doscientos treinta y cinco, se domina mejor la situación. Y usted está recurriendo a mí para que le ayude.

—Es usted muy listo, señor Omaha.

—Lo admito —sonrió secamente Omaha—. Y usted también, según parece. Ha vendido ese uranio nada menos que a cuatro servicios secretos: MVD, MI5, Deuxième Bureau y FBI. Aunque quizá me quedo un poco corto... ¿Lo ha vendido a alguien más?

—¿Se refiere a Margarita Fajardo?

—Oh, no... Ella es parte de una organización privada de espionaje. Parece ser que estaba convencida de que el hombre del Deuxième Bureau estaba tras ella o su organización, y cuando Barneau se vino a esta isla, le siguió, con tres hombres, para matarlo. Encontró el cheque y el anillo. Luego, vio a Glenn Skardon, el del MI5 y se dijo que si llevaba un anillo igual que el de Barneau, quizá llevase también un cheque por una cantidad parecida. El cheque era de un millón de libras. Y últimamente, Margarita quería también mi cheque, ya que al verme anoche el anillo, comprendió que yo era del grupo. De modo que quiso... intimar conmigo, para llevarme a la cabaña, igual que a los otros dos.

—Sin embargo, yo le previne.

—No pretenderá que le esté agradecido. Me previno porque así le convenía. Ya le he dicho por qué: está solo y necesita ayuda. Yo

soy una buena ayuda, señor U-doscientos treinta y cinco. ¿No cree? De momento, le daré mi cheque por dos millones de dólares. Luego, le entregaré el de Emil Barneau y el de Glenn Skardon.

El de Gregorio Santos no podré entregárselo, ya que imagino que lo tiene usted.

—¿Por qué supone eso?

—Porque usted fue quien envenenó a Gregorio Santos. Y me parecería tonto que no le hubiese quitado el cheque.

—No lo tenía... —musitó

U-235

—. El no tenía ningún cheque. Registré bien su habitación, sus ropas... No lo tenía.

—¿Supone usted que Gregorio Santos es el enviado de la MVD?

—Sí...

—Parece vacilar.

—Tenía entendido que Gregorio Santos había acabado como agente secreto.

—¿Por el fracaso en su misión de recuperar el uranio que se robó en Rusia hace tres años y medio?

U-235

lanzó una exclamación, y Omaha se limitó a sonreír, siempre secamente.

—¿Qué sabe usted de eso, Omaha?

—Poca cosa. Gregorio Santos se llamaba en realidad Grigori Zameyov, y era ruso. Perteneció a la MVD, pero cayó en desgracia cuando no pudo encontrar el uranio. Sin embargo, puesto que está aquí, debemos suponer que la MVD quiso darle una oportunidad cuando recibió el mensaje de usted, allá en Moscú. Y envió a Grigori Zameyov, a ver si el hombre podía... redimirse.

—Así lo pensé yo.

—Bien... Es magnífico el modo que unas buenas inteligencias tienen de llegar al mismo punto. Pero yo me estoy preguntando una cosa, U-doscientos treinta y cinco: ¿por qué mató usted a Grigori Zameyov?

—Su cheque, señor Omaha.

—¿No quiere contestar a mi pregunta?

—No. Deme su cheque.

—De acuerdo. Lo tengo en el bolsillo izquierdo del pantalón...

Espero que no dispare contra mí sólo por meter la mano ahí. Y sólo sacaré el cheque, se lo aseguro. Me interesa mucho más el uranio que identificarlo o matarlo.

—Saque el cheque, muy despacio. Luego, colóquelo en una caña, entre dos hojas.

Fred Omaha obedeció. Luego, preguntó:

—¿El uranio?

—¿Conoce las Islas Bahamas?

—No se preocupe por eso. Usted deme los datos, y nuestros servicios de Cartografía harán el resto.

—Está en Cayo Rum, Bahamas, en el extremo más meridional del cayo. Hay que entrar doscientas cincuenta yardas mar adentro. Allí, en el fondo, envuelta en sacos, hay una caja de plomo que contiene el uranio.

—Eso requerirá una comprobación. No confíe en tener el dinero restante, el de los otros, hasta que nosotros hayamos visto el uranio.

—He contado con esa actitud por su parte. ¿Cuánto tardarán?

—Doce horas.

—Es un tiempo conveniente. Trabajan muy de prisa, señor Omaha. Cuando tengan el uranio, espero que se lo comuniquen a usted, para que me entregue los otros cheques. Y lo haremos por este mismo sistema. Sólo que ya no nos veremos más. Dejará usted los cheques aquí mismo, y se irá. Eso es todo.

—De acuerdo.

—¿Podrá comunicarse con sus compañeros, a fin de dar las órdenes oportunas?

—Lo intentaré. Quiero decirle algo, U-doscientos treinta y cinco. Yo también estoy solo en la isla... Pero tenga cuidado: no confíe demasiado en la posibilidad de engañarme.

—Margarita Fajardo estuvo a punto de conseguirlo... ¿Por qué no podría hacerlo yo?

—Margarita Fajardo me tenía ya muy mosca con sus... ofertas cariñosas, señor. Aunque usted no me hubiese avisado, las cosas habrían sucedido del mismo modo. Le avisaré por la radio cuando tengamos el uranio, y le diré la hora en que vengo a dejarle los demás cheques.

—Todo está dicho, señor Omaha. Siga caminando hacia el centro del cañaveral.

—¿Estará bien cinco minutos?

—Más que suficiente. Es usted muy comprensivo.

Fred Omaha continuó cañaveral adentro. Por detrás de él oyó el rumor del desplazamiento de

U-235,

pero se desentendió de él. No tenía la menor intención de jugar sucio... por el momento. Sabía muy bien cuándo podría darle el golpe de gracia al vendedor de uranio.

Esperó casi cinco minutos. Luego, salió rápidamente del cañaveral, tras una mirada a la esfera luminosa de su reloj. Tenía que darse prisa si quería que todo saliese bien.

CAPÍTULO IX

Carol Appleton se quedó mirando asombrada al camarero.

—¿Para mí?

—Sí, señorita Appleton.

—¿Quién se la ha dado?

—La encontré en una mesa. No sé quién la dejó allí.

—Bien... Muchas gracias.

El camarero se inclinó ligeramente y se alejó. La rubia muchacha estuvo unos segundos mirando el sobre antes de abrirlo. Sacó el papel. Se sobresaltó, casi palideció, cuando vio que el mensaje estaba escrito en ruso:

«Suba a su habitación a las diez en punto. Ni antes, ni después».

Se quedó sin aliento. ¿Quién podía haber escrito aquella...?

—Buenas noches, señorita Appleton.

Alzó vivamente la cabeza, sobresaltada de nuevo.

—Oh... Buenas noches, señor Omaha.

—¿Consiguió el coche?

—Sí... Sí, gracias.

—Lamenté mucho no poder ayudarla, créame. Pero no pierdo la esperanza de que me necesite para algo en cualquier otra ocasión.

—Sí... Es usted muy amable. ¿Está buscando a la señorita Fajardo, quizá?

—Pues... sí. Realmente, sí —sonrió el G-man

—. Salimos antes a dar una vuelta en el coche, luego nos

separamos, y ahora no la veo... Vengo precisamente de la playa, del golf... Me pareció que estaría paseando por allí, pero no la he visto.

—Yo tampoco...

—Ya aparecerá. Bien... Hasta luego.

—Adiós...

Estuvo unos segundos mirando a aquel hombre de hombros anchos y rostro duro, pero que sonreía como un tonto. Lo vio pasar cerca de la mesa que acababa de ocupar la pelirroja Anne Marie Colman, y perdió todo interés por él a partir de ese momento.

—Observo que va sin los lentes, señorita Colman.

—Es que ahora no hay sol, señor Omaha.

—¿Que no hay...? Oh, claro... ¿Puedo preguntarle si ha visto a la señorita Fajardo? Quedamos en...

—Señor Omaha: su interés por la señorita Fajardo, y las citas que ustedes tengan, no son de mi incumbencia. Es más: me fastidian. No la he visto. Y ojalá pudiese decir lo mismo de usted.

—Caray... ¿Cree, que tiene motivos para molestarse tanto? Con decirme claramente que mi compañía no le resulta grata ni siquiera unos segundos, habría quedado mejor.

—Su compañía no me resulta grata ni siquiera unos segundos.

—Ya lo ha dicho. Adiós, señorita Colman.

El agente del FBI ocupó su mesa, al fin, saludando con movimientos de cabeza a los clientes del hotel que ya estaban en la terraza-comedor. El holandés gordo comía que daba gusto verlo. Era un impaciente. Fred Omaha jamás había visto a nadie gozar tan apresuradamente de los placeres de la vida. Aquel hombre jugaba al golf, al tenis, nadaba, reía, paseaba... No descansaba ni un segundo. Y comía más que nadie.

Dirigió una mirada de reojo a Carol Appleton. Bien: ella había recibido la nota. Sólo había que esperar.

* * *

A las diez en punto, Carol Appleton entraba en su habitación. Lo hizo sin precauciones de ninguna clase, pero se tensó cuando una mano le tapó la boca y un brazo rodeó su cintura, inmovilizándola.

—No se alarme —susurró una voz, en ruso, junto a su oído—. Es sólo para evitar alguna exclamación por su parte. Confíe en mí; le escribí la nota en ruso precisamente para eso. ¿Puedo soltarla, y

hablaremos?

Carol Appleton asintió con la cabeza. En efecto, ella había tenido confianza en aquella cita precisamente por estar escrita en ruso. Podía ser una ayuda. Y bien cierto era que ella precisaba ayuda.

Se quedó quieta hasta que se encendió la luz. Entonces se volvió y se quedó mirando desconcertada al hombre de blanco *smoking*.

—¿Usted, señor Omaha? —musitó.

—Eso parece.

—Pero... No comprendo... ¿Qué hace aquí?

—No me parecía correcto citarla a las diez en su habitación y no acudir yo. Le sugiero que no perdamos tiempo. Por mi parte, admitiré ahora mismo que pertenezco a un servicio secreto americano. ¿A cuál pertenece usted? ¿A la MVD rusa?

—Es posible.

—Usted es rusa. Habla el inglés muy bien, pero es rusa. Estuve dos años en Rusia, señorita..., señorita...

—Appleton.

—No, no...

—¿Qué es lo que quiere usted, señor Omaha?

—Cumplir mi palabra. Le dije dos veces que me gustaría ayudarla en otra ocasión, y eso es lo que voy a hacer. ¿Compró todo esto en el pueblo?

Omaha alzó el colchón, dejando al descubierto un rollo de cuerda de nylon y unos fuertes guantes de piel.

—Sí... ¿Ha registrado mi habitación, señor Omaha?

—Ligeramente. Supongo que el cheque lo tiene usted bien escondido. ¿Cuál es su importe?

—¿A qué servicio secreto americano pertenece usted?

—Insisto en que no debemos perder más tiempo. Quiero ayudarla, pero ha de ser con rapidez, a mi modo.

—¿En qué puede usted ayudarme?

—En sacar el cadáver de Gregorio Santos del hotel, que es lo que usted está tramando. ¿Correcto? ¿O debo decir el cadáver de Grigori Zameyov?

Carol Appleton palideció. Quedó como petrificada, inmóvil, con los ojos fijos en el G-man.

De pronto, éste vio el brillo en los ojos de la muchacha, tras los cristales de los lentes. Y se sorprendió sólo un instante. Una sorpresa intensa, pero brevísima. Una revelación. Le quitó los lentes a la muchacha, suavemente, y se quedó mirando a las dos lágrimas que no acababan de brotar.

—Todos los espías estamos expuestos a esto, señorita Zameyov —susurró.

—¿Lo... lo sabe...?

—Acabo de enterarme. Y me pregunto cómo he podido no darme cuenta de ello antes: Grigori Zameyov era su padre. ¿No es cierto?

—Sí...

—Eso complica las cosas. ¿Pretenderá usted llevárselo a Rusia, supongo?

—Quisiera..., quisiera hacerlo...

Fred Omaha se quedó mirando los lentes de la muchacha. Veía su rostro en uno de los cristales, fruncido el ceño, pensativo...

—Intentaré ayudarla —dijo de pronto—. Puedo prometerle eso si usted está dispuesta a trabajar conmigo. No me importa que sea de la MVD o de cualquier otro servicio ruso. ¿Trabajamos juntos?

—Quizá... se pueda intentar.

—A eso vamos. Supongo que conoce bien el hotel; es lo primero que hacemos los espías cuando llegamos a un lugar: investigarlo hasta el último rincón. ¿Sabe dónde está la caja de fusibles del hotel?

—Sí...

—Magnífico. —Omaha alzó el brazo para mirar su reloj—. Son las diez, cinco minutos, cuarenta segundos... ¿De acuerdo?

Ella miró también su relojito. Tendría que descontar casi tres minutos para estar de acuerdo con la hora de Omaha. Asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

—Bien. Sé que tiene el coche en el lugar conveniente. Ahora, vaya abajo; dé una vuelta, tome algo en el bar... Haga tiempo. Y a las diez y veinte apague las luces del hotel. Inmediatamente, salga, entre en su coche, sin encender las luces, y desde dentro vigile que nadie esté bajo la ventana, o cerca de allí. Y no haga nada, vea lo que vea, hasta que yo aparezca junto al coche. El apagón tiene que

durar, por lo menos, tres minutos. Arrégleselas como quiera. ¿Alguna duda?

—No. ¿Y usted...?

—Yo me encargo del resto. Ya puede marcharse. El tiempo es oro.

Omaha sacó su pañuelo del *smoking* y enjugó las dos lágrimas de la espía rusa; le puso los lentes y, de pronto, sonrió, sin sequedad y sin que le costase ningún esfuerzo.

—Buena suerte, colega Zameyov.

La vio salir y cerrar la puerta. Inmediatamente, cogió los guantes y la cuerda de nylon y salió él también. Entró en su habitación y tardó casi diez minutos en salir.

Al cabo de esos diez minutos reapareció en el pasillo y se dirigió, siempre rápidamente, al tercer piso. Abrió la puerta 23, entró y dio la luz. El cadáver continuaba allí, y las persianas estaban cerradas. Miró su reloj: tenía cuatro minutos escasos.

Se puso los guantes, desenrolló la cuerda y la pasó por los sobacos del cadáver de Grigori Zameyov, anudándola fuertemente. Luego, llevó el cadáver hasta el pie de la ventana. Apagó la luz de la habitación y abrió la ventana. Se asomó al exterior. No se veía a nadie. Solamente Un par de coches, y el que había alquilado la espía rusa. Miró su reloj luminoso: faltaban diez segundos para la hora convenida con la rubia soviética. Transcurrido ese tiempo, las luces tendrían que apagarse.

Cuatro, tres, dos, uno... ¡Cero!

Pero las luces del hotel continuaron encendidas. Se veía el resplandor de las de la terraza y las del bar. Miró de nuevo el reloj, sobresaltado. Pasaban tres segundos, cuatro, cinco... Si aquella muchacha no...

La luz se apagó.

Alzó rápidamente el gigantesco cadáver y lo colocó doblado sobre la ventana. Se pasó la cuerda por un hombro, y luego girando en espiral un par de veces por su brazo derecho. Luego, la sujetó con una mano, y con la otra empujó las piernas de Grigori Zameyov, manteniendo tensa la cuerda. Afortunadamente, debido al clima caluroso, la rigidez post-mortem no había actuado en todo su rigor todavía, y el falso Gregorio Santos resultaba manejable. Una vez fuera de la ventana, todo fue facilísimo. Las fuertes manos del

agente del FBI fueron soltando cuerda rápidamente, protegidas por los gruesos guantes. Cuando dejó de notar el peso, soltó la cuerda, cerró la ventana y se dirigió a la puerta. Abrió, salió al pasillo, se quitó los guantes, corriendo escaleras abajo, silenciosamente, como si pudiera ver en la oscuridad...

* * *

Muy abiertos los ojos, la espía Zameyov veía delante del coche y pegado a la pared el cadáver de su padre, en el suelo. Una forma confusa, apenas visible a la luz de las estrellas. Por suerte, la luna daba al otro lado del hotel...

Un golpe en el cristal de la ventanilla la sobresaltó. Fred Omaha le hacía señas para que saliera. Se reunió con él junto al cadáver de su padre y lo cogió por los tobillos. Lo metieron en la parte de atrás del coche, y Omaha la empujó también a ella allí dentro, mientras él pasaba al volante.

Cuando se oyó el zumbido del motor, la muchacha ya estaba tapando el cadáver con la lona que había dejado allí para tal efecto... El coche retrocedió, girando, para enfilarse la salida del *parking*...

Y volvió la luz.

Se oyeron algunas exclamaciones humorísticas, igual que cuando se habían quedado a oscuras. Y eso fue todo.

El coche salió del *parking* del hotel...

* * *

—Bien... Parece que lo hemos conseguido —musitó Omaha—. ¿Está bien, señorita Zameyov?

—Sí...

—Me parece que podremos enterrar a su padre en Rusia. Llamé a unos amigos que nos lo van a solucionar todo.

—¿Usted ha hecho eso, señor Omaha? ¿Por qué?

—Por respeto profesional, creo. En otras circunstancias, quizá yo hubiese tenido que matar a su padre..., o a usted misma. Tal como están las cosas, sólo puedo obrar de este modo.

—¿Desinteresadamente?

—Por completo. Aunque no niego que me gustaría escuchar su

versión de este asunto. ¿Vino a por el uranio?

—Sí.

—Bien... Eso es otro cantar. Temo que si lo encontramos los dos, la pelea será buena. Pero creo que no existe tal uranio. Y si existe, no está donde me indicó U-doscientos treinta y cinco, desde luego.

—Existe, señor Omaha. Fue robado en Rusia hace...

—Conozco la historia, de un modo general. ¿Supieron por fin cómo había ocurrido exactamente?

—Se lo llevaron a la nieve. Allí, lo recogió un helicóptero. Ese robo costó la vida a dos de nuestros agentes de seguridad.

—¿Los ejecutaron? —murmuró Omaha.

—No. Fueron asesinados durante el robo del uranio. Hubo algún traidor en aquello. Y lo primero que hicieron, suponemos que fue matar a Eugene Mosenko y a Olga Tivasev, los dos agentes de seguridad. El cadáver de Mosenko fue encontrado, en la nieve, dos semanas más tarde. El de Olga Tivasev no fue encontrado.

—¿Cómo era Olga Tivasev? ¿Pelirroja?

—No... Yo no la conocí, pues entonces aún no trabajaba en la MVD. Estaba en una «academia».

—Entiendo. ¿Está segura de que Olga Tivasev no era pelirroja? ¿No tenía los ojos verdes tampoco?

—Mi padre me la describió bien en vanas ocasiones: morena, de ojos azules... ¿Por qué lo pregunta? ¿Cree que...? —Se sobresaltó de pronto la muchacha.

—¿Su padre conocía bien a Olga Tivasev?

—Muy bien. A él le encargaron la búsqueda del uranio, pero fracasó. Fue expulsado de la MVD. Cuando yo entré a servir, me recordaron el expediente de mi padre, y me advirtieron que el fracaso no se admite. Hace pocos días fui llamada para recibir instrucciones. Me dijeron que se había recibido una oferta de uranio, y que suponían que era el que habían robado hacía tres años y medio. Me enviaron para recuperar ese uranio.

—¿Por qué a usted?

—Supongo que para que pusiera mi vida en juego sin vacilar. Al ser hija de Grigori Zameyov, yo haría lo posible por recuperar el uranio que él no pudo encontrar.

—¿Una cuestión de amor propio familiar?

—Algo así. Yo avisé a mi padre, y quedamos en encontramos en

este lugar. El quería ayudarme a toda costa. Su fracaso de aquella vez lo tenía amargado... Llevaba muchos años en la MVD.

—Entiendo. ¿Se supo quién había sido el traidor?

—Nunca.

—Puede asegurar que no lo tiene muy lejos. Parece evidente... El traidor está cerca de nosotros, vio a su padre y temió que lo reconociera. Por eso le envenenó. ¿Y sabe quién es el traidor de entonces, señorita Zameyov?

—No...

—El mismo U-doscientos treinta y cinco que ahora quiere vender el uranio a Rusia, a Estados Unidos, a Francia y a Inglaterra. Y, posiblemente, a China. Va a sacar el máximo provecho de ese uranio.

—¿Cree que China también está representada aquí, en esta isla?

—¿Por qué no? El uranio interesa primordialmente a países de poderío atómico. Pero a ninguno más que a China; sobre todo, al precio que lo vende U-doscientos treinta y cinco. Sin embargo, mi opinión es que China no está representada aquí. U-doscientos treinta y cinco quiere todos nuestros cheques, y luego se marchará a Asia. Allá, venderá definitivamente el uranio a China, supongo.

—Pero no sabemos quién es U-doscientos treinta y cinco... No ha entrado en contacto conmigo...

—Porque creía que el enviado de la MVD era su padre, no usted. Yo también lo creía así. No parecía demasiado descabellado que la MVD hubiese concedido una oportunidad de vida o muerte a Grigory Zameyov, para que recuperase ese uranio como fuese, incluso pagando. Por eso, U-doscientos treinta y cinco se fijó en su padre, al que ya conocía, y no en usted. Y como al mismo tiempo su padre podía reconocer a U-doscientos treinta y cinco, éste lo envenenó. ¿Tiene usted su cheque?

—Sí.

—¿Por cuánto es?

—Cinco millones de rublos.

—Ajá. El plan de U-doscientos treinta y cinco es fácil de comprender ahora. Y a pesar de las molestias que ha estado ocasionando a todos Margarita Fajardo...

—¿Qué ocurre con ella?

—En otro momento se lo explicará. Decía que el plan de U-

doscientos treinta y cinco tiene que ser el siguiente: cobra de nosotros cuatro y se va con los cheques a Asia. Esos cheques pueden ser un peligro, ya que los que intervenimos en esto no somos tontos del todo. Por tanto, cabe la posibilidad de que cuando U-doscientos treinta y cinco vaya a cobrarlos a Suiza, u ordene la transferencia a otra cuenta, nosotros nos enteremos, y le cacemos. Para evitar ese peligro, U-doscientos treinta y cinco se va a Asia con los cheques. Y los vende a China junto con el uranio. China paga en dólares, y se encarga de cobrar esos cheques y se queda el uranio.

—Es una buena teoría, señor Omaha.

—Pero sólo teoría. No fardaremos mucho en saber si está dentro de la realidad. Por este camino tenemos que ir despacio...

—¿Adónde vamos?

—A una choza.

Llegaron diez minutos después al lugar donde se tenía que dejar el coche. Se apearon los dos, y fueron hacia la choza, por el cafetal. Cuando llegaron a la choza, Omaha encendió una pequeña linterna y entró el primero.

En el suelo estaban Glenn Skardon y Margarita Fajardo, sudorosos, crispados los rostros. Por supuesto, habían estado forcejeando con las cuerdas que los sujetaban. Skardon hubiese conseguido desatarse con un par de horas más, pero el

G-man,

en silencio, volvió a apretarle las ligaduras. Luego, localizó el farol de gas en un rincón. Estaba sucio, pero se veían algunos claros producidos por dedos que lo habían manejado no hacía mucho. Sin duda, habían sido Margarita y sus compañeros, Gorka, Luigi y Prado.

Fred Omaha lo encendió y se acercó a Margarita.

—¿Los cheques? Y no me obligue a usar el cuchillo.

Ella señaló hacia un punto de la pared, con la barbilla, hoscamente. El

G-man

fue allá, escarbó con el cuchillo en la rendija y apareció una esquina de papel; tirando con todo cuidado, sacó los dos cheques en menos de un minuto.

—Magnífico trabajo, señor Omaha. Le agradezco mucho su colaboración.

CAPÍTULO X

Fred Omaha se volvió lentamente. La muchacha rusa entraba en la choza, amenazada por la pistola de U-235,

que aparecía tras ella y a un lado, empuñando una pistola enorme, con silenciador, con la mano derecha protegida por un guante negro. La misma gorra de yachtman, el chaquetón azul oscuro, los lentes, la barba... Un hombre de mediana estatura, más bien delgado, pero de mano muy firme.

—¿Qué está tramando, U-doscientos treinta y cinco? —masculló el agente del FBI.

—Ya lo sabe. Quiero todo el dinero. Sabía que usted volvería pronto aquí, y pensé que una buena idea sería esperarlo. Y nada de molestarle... ¿Para qué, si usted me lo iba a hacer todo, señor Omaha?

—Eso quiere decir que ha jugado sucio.

—Naturalmente.

Fred miró a la espía rusa, la cual miraba con toda atención al hombre que había matado a su padre.

—¿Lo conoce, señorita Zameyov?

—No... No creo haberlo visto nunca...

—En cambio, yo te conozco a ti, pequeña Ivana Zameyov. Es decir, te recuerdo ahora... Recuerdo las veces que tu padre me habló de ti, con tanto orgullo... ¿Cómo no te reconocí en seguida? Te pareces a él, a Grigori... ¿No es cierto, señor Omaha?

—Para un buen observador que además sea espía, sí.

—Yo no la reconocí... He necesitado ver el cadáver de Grigori en el coche para comprender la verdad. Una verdad que me indica ahora que ha sido la pequeña Ivana la enviada de la MVD, no su

padre. Por tanto, ella tiene el cheque. ¿Es cierto, Ivana Zameyov?

—Sí.

—Dámelo.

—No.

—Déjese de tonterías —gruñó Omaha—. Dele el cheque, y que le haga buen provecho. Si se lo da, es posible que lleguemos a un acuerdo con él.

—De todos modos, nos va a matar —dijo serenamente Ivana—. Por tanto, no le daré mi cheque.

—Es una satisfacción insignificante, señorita Zameyov.

—No importa. No se lo daré.

—¿No comprende que U-doscientos treinta y cinco cobrará lo mismo de China si entrega tres cheques que si entrega cuatro? Pedirá la misma cantidad a la China Roja. Y se la darán.

—En verdad —dijo U-doscientos treinta y cinco— que es usted inteligente, señor Omaha.

—Entonces, ¿es cierto?

—Me parece, por lo poco que he oído ahora, que usted ha pensado exactamente la realidad de mis planes. Le felicito.

—El uranio, claro, no está donde usted me dijo...

—¡Claro que no! Está mucho más cerca de Asia, señor Omaha. Mis colaboradores en el robo de ese uranio ruso y yo, lo llevamos a determinado lugar...

—Usted no tiene colaboradores.

—Porque una vez el uranio en lugar seguro, los maté. He tenido mucha paciencia durante casi cuatro años. Lo he preparado todo, he estudiado hasta el menor detalle... No puedo fallar. Iré a China a vender el uranio y los cheques, efectivamente. Luego, mi plan proyectado hace cuatro años, habrá terminado.

—Ha traicionado a Rusia, a sus amigos...

—¿Qué más da? Para China sería grato, hoy día, conocer una persona que ha perjudicado de modo tan notable a Rusia. Aparte de que, para los chinos, yo seré únicamente «el vendedor de uranio». En Rusia bailarían de alegría si me atrapasen, pero eso no va a suceder. Deme los cheques, señor Omaha. Y también el de Ivana. ¿O no sabe dónde lo tiene escondido?

—Lo sé.

Fred Omaha se acercó a Ivana Zameyov, le quitó los lentes y

separó la varilla izquierda, de gruesa pasta. En uno de los trozos quedó visible un papel cuidadosamente doblado. Omaha tiró de él, lo desplegó y le echó un vistazo.

—Cinco millones de rublos —comentó fríamente—. Aquí tiene los tres cheques, U-doscientos treinta y cinco. El mío ya se lo entregué.

—Déjelos en esa mesa de tablas y vaya al rincón. Y tú también, pequeña Ivana. Has crecido mucho... Hasta demasiado. ¡Al rincón!

Omaha encajó de nuevo la varilla, le puso los lentes a Ivana y la tomó de un brazo, llevándola hacia el rincón. U-235 se acercó a la mesa, cogió los cheques con la mano izquierda y los guardó en un bolsillo del grueso chaquetón.

Luego, retrocedió de nuevo hacia la puerta.

—Esto es todo, señores. Buen viaje.

Plop.

Margarita Fajardo, que había asistido muy interesada y silenciosa a la conversación, abrió la boca, a punto de gritar de espanto, cuando la pistola se movió hacia ella... Pero no tuvo tiempo de nada; la bala fue infinitamente más veloz, directa a su corazón. El cuerpo de la cubana se tensó un segundo, para relajarse bruscamente. La cabeza chocó contra el piso de tierra y los negros cabellos se desparramaron, como hilos de hermosa seda...

Plop.

Glenn Skardon había comprendido que le llegaba el turno, y se tiró rodando hacia un lado, de modo que la bala, en lugar de clavarse en su corazón, sólo se hundió en el costado izquierdo...

U-235

parecía dispuesto a seguirlo con la pistola, pero en aquel momento Fred Omaha se movía, empujando a Ivana Zameyov y saltando él también hacia el suelo.

Y también en ese mismo momento, y justo cuando

U-235

variaba la dirección de su arma hacia el agente del FBI, un hombre apareció por detrás y alzó su mano, de modo que la bala fue a dar en el techo de paja. Inmediatamente y mientras otro hombre se dirigía hacia Fred Omaha e Ivana Zameyov, el primero doblaba el brazo armado de

U-235

hacia la espalda y le obligaba a girar, para golpearlo de cara contra la pared de la choza. Los lentes saltaron del rostro de

U-235,

que lanzó una aguda exclamación de dolor, de furia espantosa... Intentó moverse, pero el recién llegado tenía una envergadura muy poderosa, y

U-235

apenas pudo moverse.

El otro estaba ayudando a Fred Omaha y a Ivana, pero el agente federal le señaló a Glenn Skardon.

—Es el del MI5 y está en bastante mal estado. Hay que llevárselo de aquí. Que le hagan una primera cura y luego que lo envíen a Nassau. Ya se encargarán allí de él.

Puso una rodilla en tierra, junto a Margarita Fajardo. Pero allí no había fallado el tiro

U-235.

Lástima, porque en el FBI le habrían hecho decir a la cubana cuál era aquella organización privada de espionaje para la cual trabajaba.

—¿Habéis venido solos? —preguntó Omaha.

—De momento, sí. Estábamos escuchando afuera, y nos sorprendió el primer disparo. Creíamos que hablaría más...

—No importa —encogió Fred los hombros—. ¿Está la lancha en la playa?

—Sí.

—Muy bien.

Se acercó a

U-235

y le hizo una seña al agente del FBI de San Juan de Puerto Rico, para que lo soltara. Omaha le hizo dar la vuelta entonces, le quitó la gorra de un manotazo y le arrancó la barba de un tirón... Los rojos cabellos cayeron, sueltos; y bajo la barba apareció el rostro femenino, fino, suave.

—Anne Marie Colman —musitó Ivana Zameyov, estupefacta.

—No... —sonrió Omaha—. No es Anne Marie Colman, sino Olga Tivasev... ¿No es cierto? Olga Tivasev, uno de los agentes de que me has hablado. Ella y el llamado Eugene Mosenko eran los agentes de vigilancia de seguridad del uranio... Sólo que Olga Tivasev debía

tener sus propias ideas respecto al destino de aquel uranio. Ella fue la traidora, la que preparó el robo de uranio. Mató a Eugene Mosenko en la nieve, seguramente. Luego, se fue con quienes habían efectuado el robo bajo sus indicaciones... Por eso no la encontrasteis nunca. Y la disteis por muerta mientras ella mataba a sus compañeros, escondía el uranio y preparaba todo este plan, para ser, dentro de tres años y medio, el vendedor de uranio. Incluso aprendió a desfigurar muy notablemente la voz. Pero yo supe que era rusa en cuanto hablé con ella, en la terraza... Luego, la muerte de Grigori Zameyov, envenenado... Y, finalmente, tus explicaciones respecto a cómo habían sucedido las cosas. Había una mujer, y yo pensé que era ésta.

—Pero tiene los ojos verdes... ¡Lleva lentes de contacto!

—Exactamente. Y además, debe haberse sometido a la cirugía plástica. Sin embargo, cuando vio a Grigori Zameyov no quedó tranquila. Y no tenía por qué arriesgarse a que el eficaz espía que siempre había sido Zameyov la reconociera, a pesar de la cirugía. Bien: esto ha terminado.

—¿Qué piensan hacer con ella...? —preguntó Ivana.

—No sé. —Omaha achicó astutamente los ojos—. Primero, nos tendrá que decir dónde está el uranio, que en mi opinión, se perdió en la nieve, aunque ella quiera hacernos creer que lo tiene y que piensa venderlo a China... Fanfarronadas. La verdad es que yo creo que Olga Tivasev sólo va a servirnos para un canje. Se la cambiaremos a Rusia por...

—¡A Rusia no...!

El chillido de Olga Tivasev los sorprendió a todos. Un chillido pleno de miedo; tal como había calculado Omaha, la idea de ser entregada a Rusia, a la cual había traicionado, impresionó a Olga Tivasev... Pero la impresionó tanto, que su acción los sorprendió a todos tanto como el chillido de miedo y rabia... Empujó violentamente a Omaha contra su compañero más cercano. Y lo hizo con tanta fuerza, tan inesperadamente, que ambos cayeron al suelo, manoteando en vano en busca de un asidero. Y al mismo tiempo, se interponían entre la pistola del tercer

G-man

y Olga Tivasev, que se lanzó hacia la puerta. Estaba en el mismo umbral cuando el tercer agente del FBI efectuaba el disparo; pero la

bala arrancó unas cuantas astillas solamente...

Ivana Zameyov, tras el instante de estupefacción, se había abalanzado hacia la pistola del otro agente federal, que había escapado de su mano. La cogió y corrió hacia la ventana. Asomó la mano armada...

—¡No! —exclamó Omaha.

Pío... Plop...

Afuera se oyó un grito. Omaha se había puesto en pie de un salto, fue hacia Ivana y le quitó la pistola de un manotazo. Luego le dio la vuelta y la empujó rudamente hacia uno de sus compañeros.

—¡Vigiláis! ¡Es la enviada de la Mvd!

Se lanzó al exterior, seguido del que en primera instancia había dominado a Olga Tivasev. Apenas tuvieron que recorrer quince pasos para encontrarla, caída de bruces entre las plantas de café. La pelirroja gemía quedamente, intentando arrastrarse hacia el interior de la plantación... Omaha dirigió hacia su espalda la luz de la pequeña linterna y vio dos manchas de sangre.

—Ve a la choza. Y que no venga la otra rusa.

—Muy bien.

Con todo cuidado, el

G-man

dio la vuelta a Olga Tivasev, que lanzó un gemido entrecortado, ronco.

—Muy bien, Olga Tivasev: no has tenido suerte. Te aseguro que de ésta no vas a morir.

—Voy..., voy a morir...

—De ninguna manera, querida. Aunque me pregunto si eso es tener buena o mala suerte. Hace cuatro meses atraparon a un compañero mío en Polonia. Creo que la MVD lo canjeará gustosamente por la desaparecida agente de seguridad llamada Olga Tivasev, y a la cual se supone muerta con todos los honores, en defensa del uranio soviético.

—No, no me envíe... a Rusia...

—Lo lamento. Tengo que hacerlo. Aunque... Bueno, quizá haya un medio de arreglarlo, Olga. Un trato. Otro trato conmigo... ¿Qué le parece?

—¿Cuál... es ese trato?

—Dígame dónde está de verdad el uranio. Dígame eso, y la

llevaré a Estados Unidos, en lugar de canjearla a los rusos. Ésa es mi última palabra.

—No..., no cumplirá su palabra...

—La cumpliré. No la necesito a usted para canjearla por mi compañero apresado en Polonia. Tengo a Ivana Zameyov también, no lo olvide. Dígame dónde está ese uranio, y la llevaré a Estados Unidos.

—Está..., está en el mar Negro, bahía de Burgas, frente a la costa búlgara...

—Más datos.

—Un islote llamado Plodye, casi..., casi en el centro de la bahía... Y en el centro del islote..., en el centro geográfico exacto del islote está... enterrada la caja..., la caja de plomo con el uranio... Le aseguro que es verdad...

—Lo comprobaremos.

—Deme tiempo... No me entregue hasta comprobarlo.

Olga Tivasev ya no dijo nada más.

* * *

La lancha se mecía blandamente en la orilla del mar. Y en ella, los dos agentes del FBI de San Juan de Puerto Rico habían cargado los cadáveres de Olga Tivasev y Grigori Zameyov. En la orilla, Fred Omaha daba las últimas instrucciones a Ivana Zameyov.

—Podrá utilizar la radio cuando llegue a la altura de Carricou Island. Supongo que conocerá alguna frecuencia de alguno de sus compañeros de la MVD en Puerto España. Será recogida a su debido tiempo por alguien.

Ivana asintió con la cabeza.

—Me alegro que el uranio se perdiera en la nieve para siempre, Fred Omaha. Lo prefiero a haber tenido que pelear contigo.

—Yo también lo prefiero —aseguró Fred—. Pero el uranio se perdió y nosotros hemos perdido el tiempo. A pesar de todo, tus superiores te felicitarán. Has resuelto el caso tras vengar a tu padre, rehabilitándole y dejando muy alto, ante tu padre, el nombre de los Zameyov. Este éxito representará un paso importante en tu carrera...

—No lo creas —intentó sonreír la rubia y alta espía—. Me he metido en esto por motivos personales, no por ambición o afán de

prosperar. Mi padre contaba con amigos influyentes que nunca creyeron en su supuesta traición. Consiguieron que se me confiara la investigación del caso, aun cuando no perteneciese a la MVD. Se contaba con el hecho de que era una novata, desconocida para los agentes secretos de las distintas potencias e inidentificable, ya que oficialmente no pertenecía al Servicio Secreto soviético. Terminado mi trabajo, quedo libre para emprender otras actividades.

Omaha se mostró interesadísimo.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —preguntó.

—Todavía no lo he decidido. Lo único que sé es que no tengo madera de agente secreto. He vengado el asesinato de mi padre, cierto, pero el fin de Olga no me ha proporcionado aquella satisfacción del deber cumplido que esperaba sentir. Me ha dejado más bien una sensación de descontento conmigo, misma... —suspiró, y añadió—: Poseo una amplia cultura general. Podría dedicarme a la enseñanza..., creo que resultaría una aceptable profesora de cultura física. Pero no me dejaréis escapar..., al fin y al cabo, yo soy una espía rusa...

Fred se masajeó la barbilla, pensativo.

—Lo cual no es más malo que pertenecer al Servicio Secreto estadounidense. Pues ahora que lo dices..., quizá no te dejemos..., no te deje marchar, Ivana; depende de una pregunta, ¿alguien te aguarda en la URSS?

Ivana se ruborizó intensamente, pero sostuvo la mirada de Fred.

—Quería mucho a mi padre —musitó con voz insegura—. Muerto él, ningún vínculo me ata. Pero si tú...

—¿Si yo qué...? Si yo te lo pidiese, ¿te quedarías?

—No, Fred Omaha —afirmó, serenamente—. No quiero aparecer como una desertora a los ojos de los míos. Ni mi propio sentido del honor ni la memoria de mi padre me lo permiten, pero si tú, amor mío, me lo pides, regresaré a tu lado. Te lo prometo.

Fred sintió que una especie de nudo le ataba la garganta.

—Pues te lo pido, cariño: vuelve —dijo, con cierta vacilación. Y luego, más alto y con mayor firmeza, agregó—: ¡Buena suerte, Ivana Zameyov!

Ésta aceptó la mano que le tendía el agente del FBI. Luego, sin soltarla, se empinó un poquito y besó a Omaha en la boca, dulcemente. Luego se metió en el agua, saltó a la lancha y la puso

en marcha... Cuando ya se perdía en la negra mancha de agua, uno de los agentes de Puerto Rico se acercó a Omaha.

—La has engañado como a una china. El uranio existe.

—Mi deber era conseguirlo para nosotros, de modo que los soviéticos creyeran que el uranio había desaparecido. Obtenido esto, he querido evitar que los rusos propinaran una azotaina a la muchacha por no haberse sabido apoderar de ese metal. Al fin y al cabo, la chica sólo quería vengar a su padre...

—Tierno corazón el tuyo. Ahí viene Rolando.

El otro agente del FBI se acercaba rápidamente a la playa, todavía con la radio en la mano.

—Nosotros nos encargaremos de los desperfectos en esta isla... Un helicóptero llegará a este lugar dentro de media hora. Subirás a él y en Puerto Rico tomarás un avión hasta Washington. Eso es todo.

—Y suficiente —musitó Fred Omaha.

ESTE ES EL FINAL

—Lo han conseguido —musitó el inspector-jefe—. Seis de nuestros hombres destacados en Europa han encontrado ese uranio, Fred. En estos momentos están viajando hacia Washington en un avión especial.

—Ésa es una buena noticia, señor —dijo el G-man

y... ¡Oh, por cierto! Ahora que hablo de noticias... Vea esto.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un papel doblado. El inspector-jefe lo miró intrigado, mientras aceptaba el pliego que se le tendía.

—¿Puedo leerla?

—Naturalmente, señor.

El jefe de Omaha lo desplegó y lo leyó. Quedó pensativo unos segundos, antes de preguntar:

—¿Hicimos bien en dejarla marchar, Fred?

—¿Por qué no?

—Es una agente de la MVD.

—Nunca ha pertenecido oficialmente a esa organización. Ivana Grigorievna Zameyov nunca será siquiera una mediana espía. No va con su modo de ser; es simpática, dulce...

—Pero mató a Olga Tivasev —interrumpió el inspector, con cierta sequedad.

—Hizo justicia con una traidora a los suyos. Éste es un hecho que todos los Servicios Secretos han debido afrontar... alguna vez. La ofuscó el deseo de vengar a su padre, pero también sé que ese acto, llamémosle de justicia, lo lamentará toda su vida. Necesita

ayuda.

—Y usted se cree la persona indicada para proporcionársela. En este caso no es aventurado suponer que removerá cielo y tierra con tal de conseguir la entrada de esa señorita en nuestro país.

—Llegaré hasta el mismísimo presidente si fuera preciso...

—¿Y si todo se redujera a una añagaza de la MVD para colocar a uno de sus agentes entre nosotros? ¿Ha pensado en eso, agente Omaha?

—¡Claro que lo pensé, señor! Pero sería absurdo suponer que los soviéticos utilizaran una persona cuyo historial conocemos. —Y luego dijo con vehemencia—. ¡Sólo pido su comprensión y su benevolencia, señor! No sé hasta qué punto...

El inspector-jefe le contemplaba con una gravedad que la leve chispita de burla que brillaba en sus ojos, desmentía.

—¡Ya! —le interrumpió—. Por lo que veo, usted intentó comprar mi neutralidad en este trascendental asunto. Pues lo siento porque de neutral nada, muchacho. Si pretende nada menos que llegar hasta el presidente si fuera preciso, yo haré lo mismo... en apoyo de su petición, ¡caramba! Si entre EE.UU. y la URSS existe una distensión, pese a las jugarretas que de vez en cuando nos hacemos mutuamente, nuestras organizaciones de inteligencia no van a ser menos, digo yo... ¡Ah! Y yo quiero colaborar activamente en calidad de padrino de cierta boda que me estoy oliendo... ¡Faltaría más!

—¡Muy agradecido, señor! ¡Dios le bendiga! —susurró Fred.

Y el agente que, por lo menos en aquellos momentos, de tigre feroz se había convertido en pacífico minino doméstico, recogió el papel que le devolvía su jefe y lo leyó una vez más. Había sido enviado al FBI, en Washington, sin otras señas que las iniciales F. O. y las palabras Sainte Rose. Decía:

«Llegada destino sin novedad. Planteado inmediatamente asunto que requiere mi regreso. Hallado comprensión y deseos de ayuda por parte de aquéllos a quienes me dirigí. Desgraciadamente, sólo existe una fórmula. Debo aceptar la expulsión de mi país y la consiguiente pérdida de ciudadanía. Más

adelante se me ha prometido arreglar esto. Partiré dentro de unos días, seguramente hacia Suiza. Pronto espero poder comunicarte mis nuevas señas. Nunca te olvidaré, amor.

»Carol Appleton«.

Fred Omaha permaneció pensativo con el papel entre los dedos. El inspector-jefe le sacó de su abstracción.

—Eso de que no sirva para espía... Las mujeres poseen una habilidad infernal para enterarse de las cosas —rezongó—. Si descubre que, en el asunto del uranio, la engañó, va a estar echándosele en cara hasta la consumación de los siglos... ¡Si las conoceré yo!...

—¿Uranio? ¿De qué me habla, señor? Yo no sé nada de uranio... ¿Qué es? ¿No se referirá usted al planeta Urano?

Y los dos hombres del FBI estallaron en carcajadas.

FIN

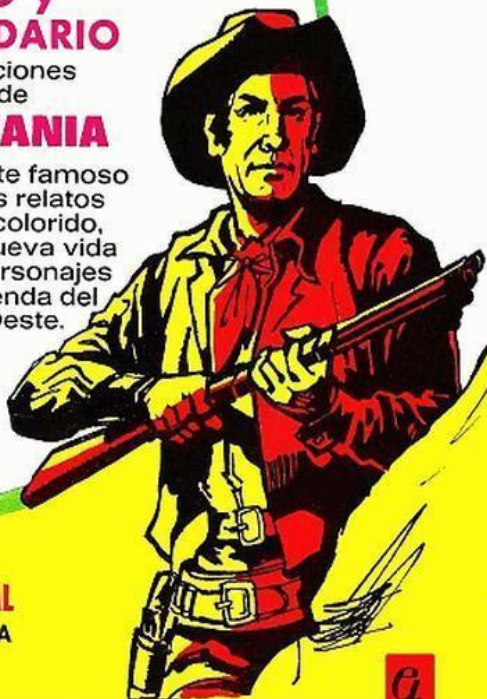
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] El tamaño de la carga de uranio que se precisa para una bomba atómica corriente está definido como el de una naranja de tamaño mediano. < <

[2] Es evidente que el autor hace aquí un juego de palabras con las letras FBI, que, como se sabe, encierran un doble significado en su sigla: «Federal Bureau of Investigaron» y también las características de dicho organismo: «Fidelity, Bravuary, Intrepity». «Bravuary» significa bravura, valor, en inglés. (Nota del Editor.). < <